6336

La
Locura de amor

3

HISTORIA
ÍTICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
os Estados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

DON JERÓNIMO BECKER

a obra, que acaba de ponerse á la venta, ne en amplio y fiel extracto los principales os; examina con imparcialidad la historia os, señala sus defectos y expone con minu- detalles lo referente á las relaciones exte- de España, siendo, por tanto, de gran inte- ra conocer de un modo exacto el aspecto nático de la cuestión cubana.

tomo en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

ES DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

LA MAJESTAD CATÓLICA DEL REY CARLOS II

inta edición, corregida y aprobada por la de Indias del Tribunal Supremo de Justicia, a aprobación de la Regencia provisional del o.

atro tomos en folio, 50 pesetas.

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

olección completa de todos los tomos publi- os por esta sociedad, de que se hallan la ma- parte agotados.

an publicados 38 tomos en 4.°—Precio, 900 etas.

ambién hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

LA LOCURA DE AMOR.

DRAMA EN CINCO ACTOS

DE

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

MADRID : 1855.
Imprenta de F. Abienzo,
Calle de Sta. María-32.

Modelo de todas las virtudes conyugales para conmigo; dechado de piedad filial y de caridad cristiana para con mi bendita madre, mientras duró su última enfermedad, en su muerte y aun despues de su muerte; por ambos conceptos, Amalia mia, te pertenece entero mi corazon.

Una muger amante de su marido quise pintar en esta obra: los defectos y vicios de Doña Juana inventólos mi fantasía; copias, aunque imperfecta, son de las tuyas sus buenas cualidades.

Esta obra, pues, elijo para consignar en una de sus primeras páginas, que el esposo te amará siempre, que la gratitud y la veneracion que el hijo te debe serán eternas.

MANUEL.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/lalocuradeamordr538tama

A beneficio de la primera actriz DOÑA TEODORA LAMADRID se ha estrenado este drama en el Teatro del Príncipe á 12 de Enero de 1855.

Pertenece á su autor la propiedad de dicha obra, y nadie sin su licencia podrá representarla ni reimprimirla en España ni sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

Llevarán todos los ejemplares marcas secretas.

PERSONAGES.	ACTORES.
La Reina doña Juana.	D.ª Teodora Lamadrid.
Aldara.	D.ª María Rodriguez.
Doña Elvira.	D.ª Joaquina García.
El Rey don Felipe.	D. Joaquin Arjona.
El capitan don Alvar.	D. Victorino Tamayo y Baus.
El Almirante de Castilla. . .	D. José Ortiz.
Ludovico Marliano.	D. José García.
Don Juan Manuel.	D. Vicente Jordan.
El Marqués de Villena. . . .	D. José Alisedo.
Don Filiberto de Vere.	D. Atanasio Maré.
Garci-Perez, mesonero.	D. Fernando Ossorio.
Hernan.	D.ª Antonia Segura.
Un page.	D. Mariano Serrano.
Un capitan de la G. de palacio.	D. N. N.
Una Moza del meson.	D.ª Juana Ridaura.
Dama 1.ª.	D.ª Elisa Molina.
Idem 2.ª.	D.ª Paulina Sotomayor.
Noble 1.º.	D. Emilio Alvarez.
Idem 2.º.	D. Felipe Iglesias.
Trajinante 1.º.	D. Fernando Cuello.
Idem 2.º.	D. José Bullon.
Idem 3.º.	D. Luis Cubas.

DAMAS, GRANDES, PRELADOS, MÉDICOS, PAGES, SOLDADOS CASTELLANOS, SOLDADOS FLAMENCOS, EMBOZADOS Y TRAJINANTES.

Pasa la accion del primer acto en Tudela de Duero; la del segundo en un meson poco distante de Tudela; la de los tres restantes en el palacio del Condestable en Burgos.

1506.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio de Tudela de Duero. A la derecha dos puertas. A la izquierda una ventana en primer término; una puerta en el segundo; otra en el foro. Mesa, muebles propios de la época.

ESCENA PRIMERA.

El ALMIRANTE, don JUAN MANUEL.

ALMIRAN. Digoos, señor don Juan Manuel, que en vano quereis convencerme de que la Reina doña Juana está loca.

D. J. MAN. El dictámen de todos los médicos asi lo acredita.

ALMIRAN. No estimo infalible esa ciencia.

D. J. MAN. Pero ¡qué obstinacion la vuestra, Almirante! ¿Habia de querer privarse S. A. de esposa tan bella y tan amante como doña Juana, si su demencia no fuese cosa de todo punto segura? La mania de ponerse diariamente un mismo trage, hasta que deslucido y roto, por fuerza se lo quitan sus damas; el no probar vianda alguna durante dias enteros; el gustar de que cuando llueve le caiga el agua encima; el escaparse furtivamente de palacio para espiar á don Felipe; sus lágrimas intempestivas, sus infundados arrebatos de cólera, sus continuas estravagancias, ¿todo esto, en fin, no prueba suficientemente la deplorable perturbacion de sus sentidos?

ALMIRAN. Prueba todo eso, que cuando se sufre mucho se piensa poco; prueba que don Felipe de Austria no es mas digno de sentarse en el trono de la Reina doña Juana, que de ocupar el tálamo de muger semejante.

D. J. MAN. Agriamente le censurais.

ALMIRAN. Don Felipe, como hombre aficionado á deshonestos amorios, quiere librarse de una esposa que le cela; como rey ambicioso, de la que es reina propietaria de Castilla: no finjais ignorarlo. Y en Dios y en mi alma, que antes se me ha de acabar la vida, que la volun-

677093

tad de cumplir con lo que juzgo deber sagrado de todo el que tenga en las venas sangre castellana.

D. J. MAN. Vuestra terquedad y la de cuantos opinan como vos, serán causa de que la dolencia de doña Juana, que en la reclusion pudiera hallar remedio, se agrave mas y mas cada dia.

ALMIRAN. Triste cosa fuera la vida si opinásemos todos de la propia manera.

D. J. MAN. Claro se nota que obrais por instigaciones del duque de Alba, que aún se promete ver de nuevo al rey don Fernando en el trono de su hija.

ALMIRAN. Por lo que mi conciencia me dicta, obro como veis, que no por agenas instigaciones. Con razon asegurais que el trono español pertenece á doña Juana, hija y sucesora de su madre Isabel. Procuraré evitar que traidoramente se le arrebate para que entero le ocupe su esposo el archiduque de Austria. Hartos desafueros cometen ya sus amados compatriotas, cuya codicia estimula grandemente la buena ley del oro de nuestra tierra.

D. J. MAN. Conque, ¿debo responder á S. A...

ALMIRAN. Respondedle que desconfie de mí, si otra vez atenta á la libertad de nuestra legítima y natural señora.

D. J. MAN. Guárdeos el cielo.

ALMIRAN. El os acompañe.

D. J. MAN. (Tiempo perdido!)

ALMIRAN. (Trabajo inútil, don Juan Manuel.)

ESCENA II.

El ALMIRANTE, un page, despues don ALVAR.

PAGE. Un caballero que dice ser el capitan don Alvar Estúñiga, desea ver al señor Almirante.

ALMIRAN. ¡Aquí don Alvar! que venga al momento. (*Váse el page.*) Dichoso hallazgo por vida mia. Llegad acá, mi ilustre deudo, mi fiel amigo, llegad. (*Viendo aparecer á don Alvar en la puerta del foro.*)

D. ALVAR. Pensé tener que asaltar el palacio como fortaleza enemiga.

ALMIRAN. ¿Y qué? ¿No quereis alargarme la mano?

D. ALVAR. A fé que la mano me parece poco, y que no me contento con nada menos que los brazos.

ALMIRAN. Vuestros son, ahora como siempre.

D. ALVAR. Años há que nos separó la fortuna.

ALMIRAN. Decidme cómo es que en Tudela de Duero os hallo; qué tal os ha ido por Italia. Contadas al amigo despues de la ausencia, se endulzan las penas y se aumentan las alegrias.

D. ALVAR. Antes sepa yo de vos la verdad de lo que por Castilla se suena.

ALMIRAN. La verdad es, que los flamencos se reparten pacíficamente los oficios públicos, y con todo especulan; que el hambre aflige al reino en tan gran manera, que las mas fértiles provincias tienen que surtirse de trigo estrangero; que el rey don Felipe exige del pueblo, en tales circunstancias, un servicio oneroso; y quiere encerrar á doña Juana, suponiendo que está demente, con el fin de quedarse solo en el trono, y dar rienda suelta á sus tiránicos desmanes y licenciosos estravios.

D. ALVAR. ¿Con que no hay tal locura? (*Con grande alegria.*)

ALMIRAN. Solo hay, hasta ahora, un desacordado amor que tal parece.

D. ALVAR. ¿Tanto ama á su marido?

ALMIRAN. No es posible encarecerlo.

D. ALVAR. ¿Y él la desdeña, la atormenta, la ultraja?

ALMIRAN. A toda hora sin piedad. Quiso dejarla en Mucientes, y partir solo á Valladolid. Ahora que á Búrgos nos dirigíamos, ha hecho alto en este pueblo para ver si logra dejarla aquí, y continuar solo el viaje. En Búrgos intentará de nuevo apartarla de su lado.

D. ALVAR. ¿Y no hay medio de poner coto á los abusos y tropelías de ese Archiduque de Austria, que Dios confunda?

ALMIRAN. Casi toda la grandeza le patrocina.

D. ALVAR. El pueblo le aborrece, y adora á la hija de la católica Isabel.

ALMIRAN. Doña Juana seria la primera en contrarestar cualquiera tentativa que en su pro y en contra de su marido

se hiciese. Pero, qué diablos, tiempo nos queda para hablar de estas cosas. Habladme de vos.

D. ALVAR. Mi historia es sucinta. Que fui á Italia; que maté franceses, bajo las órdenes del Gran Capitan; que ha dos meses di la vuelta á Castilla, por cierto con bien mala fortuna.

ALMIRAN. Pues ¿qué os sucedió?

D. ALVAR. Abriéronseme con la fatiga del camino dos de mis mas recientes heridas, y en un meson, á corta distancia de este pueblo situado, me encontré sin poder seguir adelante. Hoy por vez primera salgo de mi fementido lecho.

ALMIRAN. Restablecido completamente.

D. ALVAR. Casi, casi.

ALMIRAN. ¿Y á quién debeis vuestra curacion?

D. ALVAR. Débosela á una muger.

ALMIRAN. ¡Hola, hola! Dama tenemos de por medio.

D. ALVAR. Sí, por desgracia mia: dama que me siguió á Italia; que á Castilla me ha seguido, y que en el tal meson se me apareció un dia, convertida en sobrina del mesonero.

ALMIRAN. Emprendedora debe de ser.

D. ALVAR. Su natural fogoso y arrebatado disculpa sus acciones; su peregrina condicion las autoriza.

ALMIRAN. Pues ¿quién es ella?

D. ALVAR. Es nada menos que la hija de un Rey.

ALMIRAN. ¿Os burlais?

D. ALVAR. No por mi vida. El Rey Zagal fue su padre.

ALMIRAN. ¡Una mora, una hija del desdichado Rey de Granada!

D. ALVAR. Fuera yo mas venturoso si nunca la hubiese conocido.

ALMIRAN. ¿Por qué causa?

D. ALVAR. Me adora, salvó con imponderable solicitud mi existencia; y yo en breve causaré su desgracia, rompiendo la cadena con que me tiene preso, y que no puedo ya soportar.

ALMIRAN. ¿Es bonita?

D. ALVAR. No cabe serlo mas.

ALMIRAN. ¿Y en qué, entonces, se funda vuestro desamor?

D. ALVAR. No acierto á deciros otra cosa sino que á una sola muger he podido amar en toda mi vida á una á quien solo raras veces he visto, y de quien estuve mucho tiempo alejado; á una, que ni sabe ni sabrá jamás los sentimientos que me inspira.

ALMIRAN. ¿Y de veras creeis estar enamorado de esa dama?

D. ALVAR. Si estoy enamorado, no lo podré asegurar firmemente. Ignoro si es amor el que vive de sí propio, solitario dentro del alma, y no es temor ni esperanza, ni deseo. Yo amo un recuerdo, una ilusion, una sombra. El sér que realmente existe, y que apareció varias veces ante mis ojos en el mundo como una de esas estrellas deslumbradoras que vemos correr y perderse en la inmensidad del cielo, convirtióse en mi fantasía en sér ideal; sér que me mira y me habla, que á todas partes me sigue, animando en la pelea mi brazo, purificando mi corazon en la paz; sér que siempre vivirá á mi lado, y recogerá piadoso mi último suspiro. No: no es este el amor que una muger nos inspira; es la adoracion que en silencio tributamos á nuestra santa predilecta. ¿Os sorprende oir tales palabras de boca de un guerrero, propio solamente para gozarse en el tumulto y los estragos del campo de batalla? Colocad en un vaso de hierro una flor virginal, y comprendereis lo que es este sentimiento purísimo en mi rudo corazon de soldado.

ALMIRAN. Hombre mas extraño que vos no le hay en la tierra.

ESCENA III.

Dichos. MARLIANO.

MARLIANO. Deseaba veros, señor Almirante.

D. ALVAR. Os dejo, pero no antes de suplicaros que soliciteis para mí una audiencia de S. A., mi señora.

ALMIRAN. Dadla por conseguida, y quizá para hoy mismo.

D. ALVAR. Regresaré á palacio dentro de una hora. (*Da la mano al Almirante, y se retira.*) (¡Al fin voy á volver á verla!) (*Váse por el foro.*)

MARLIANO. Acabo de hablar con la Reina: inútilmente he procurado decidirla á permanecer aquí, y dejar que el Rey parta sin ella á Búrgos. Tratad, como yo, de convencerla.

ALMIRAN. Marliano, ¿vos tambien habeis cedido á las amenazas ó á las dádivas del Rey?

MARLIANO. Aspiro, no á complacer al monarca, sino á salvar á mi noble enferma. Al lado del Rey tiene á cada instante nuevos motivos de angustia y desesperacion: quizá la soledad fuese alivio á sus padecimientos. Resuélvense entre el tumulto de los hombres las grandes alegrías; únicamente en la soledad, llena de la presencia de Dios, pueden resolverse los grandes dolores.

ALMIRAN. ¿Y quereis que en tanto que aquí permanece doña Juana, el Rey en Búrgos le usurpe su corona?

MARLIANO. ¡Es natural: vos hablais como hombre de Estado! yo como médico: vos pensais en la Reina; yo en la muger que sufre!

ESCENA IV.

Dichos, la REINA, y doña ELVIRA.

REINA. ¿Aún no ha vuelto?

MARLIANO. Aún no, Señora. Perdonadme si de nuevo os repito que el estado de vuestra salud...

REINA. Mi salud. ¿Por qué yo no he de poder ir á Búrgos? ¿Qué enfermedad es esa de que todo el mundo me habla, y cuyo nombre ignoro? ¡Ciencia miserable la vuestra, que se empeña en buscar en el cuerpo lo que está en el corazon! ¿En qué puede parecerse el quejido del enfermo al ay del desdichado? Guardad vuestros consejos y vuestros récipes para quien los necesite. A un corazon, solo otro puede curarlo.

DOÑA ELV. Tranquilizaos, señora.

REINA. Pero ¿no oyes que este insensato quiere curarme, separándome de él?

MARLIANO. No insisto; vuestro bien únicamente ambiciono.

REINA. Lo conozco, Marliano; y espero que en cuanto vuel-

va el Rey, le dirás que estoy buena, completamente buena, y que mañana mismo podemos continuar el viaje. ¡Oh, aquí estabais! (*Reparando en el Almirante.*)

ALMIRAN. Tengo que pedir una merced á V. A.

REINA. ¿Cuál?

ALMIRAN. La de que permitais besaros la mano á un antiguo y leal servidor, que desea volver á ver á su Reina.

REINA. ¿Quién es?

ALMIRAN. El capitan don Alvar de Estúñiga.

REINA. Me acuerdo de él. ¿Dónde ha estado?

ALMIRAN. En Italia.

REINA. Mi padre le estimaba mucho. Decidle que venga... Pero el Rey que no vuelve aún. ¡Hasta cuándo va á durar esa maldita caza! Id, señores, id á ver si recibis alguna noticia. (*Vánse el Almirante y Marliano por la puerta del foro.*)

ESCENA V.

La REINA, doña ELVIRA.

REINA. (*Asomándose á la ventana.*) Mira: ¿no distingues nada á lo lejos?

DOÑA ELV. Nada, señora.

REINA. Hoy tarda mas que de costumbre. ¿Le habrá sucedido algo?

DOÑA ELV. No hay por qué temer tal cosa.

REINA. Es verdad. Me alarmo sin motivo. Como á él no le importa que yo me inquiete y padezca...

DOÑA ELV. Ya sabeis, señora, que don Felipe es muy aficionado á la caza.

REINA. ¡La caza! ¿Crees tú que el rey estará cazando?

DOÑA ELV. Sin duda.

REINA. Puede ser. ¡Ojalá! No veo el instante de salir de Tudela.

DOÑA ELV. ¿Por qué motivo?

REINA. ¡Ay Elvira! Felipe me engaña; Felipe se ha enamorado aqui de alguna.

DOÑA ELV. ¡De alguna!

REINA. Sí: no sé de quien; pero siento en mi corazon que ama á otra; y tal es sin duda la causa de nuestra detencion en este pueblo.

DOÑA ELV. No parece sino que teneis gusto en atormentaros.

REINA. ¿A qué, para hacerme desconfiar de tí como de todos cuantos me cercan, tratas tambien de engañarme? Que el rey muchas veces fué traidor para conmigo, no lo ignoras. Hoy... Nada habia querido decirte, temiendo que como en otras ocasiones me reprendieses. Ya se ve, tú que no tienes celos no puedes comprender ciertas cosas. Pero ¿te parece justo, que habiéndome en tí deparado el cielo una amiga, ni aun el consuelo de ser participadas logren mis amarguras? ¿De qué me sirve entonces el cariño que me consagras? Vamos, ofréceme no reñirme y te contaré lo que recientemente he sabido.

DOÑA ELV. Hablad, señora: desahóguese el vuestro en este corazon que entero os pertenece.

REINA. Asi te reconozco, mi leal, mi cariñosa compañera. Pues bien: noté que todas las tardes... ¡Ah! (*Corriendo á la ventana.*) ¿Oiste? (*Volviendo al proscenio.*) No, nada, todavia no viene.

DOÑA ELV. Continuad.

REINA. Noté que todas las tardes salia el rey de palacio, y transcurrian por lo menos dos horas antes de que volviese. Ayer hice que mi buen page Hernan secretamente siguiera sus pasos.

DOÑA ELV. ¿Con que jamás se corregirá V. A.?

REINA. Has ofrecido no reñirme. El rey fué ayer tarde ¿á dónde dirás? No es posible que lo presumas. Fué á un meson que hay en los alrededores de este pueblo y se llama el del Toledano.

DOÑA ELV. ¿A un meson don Felipe?

REINA. ¿Y á qué puede ir él á un meson? Supiéralo ya si Hernan no se hubiese quedado á la puerta; pero el necio page temió que el rey le viera y le reconociese. ¡Ay Elvira! Por alguna muger va á semejante sitio. Solo me parece acertada esta conjetura.

DOÑA ELV. Ninguna puede serlo menos.

REINA. ¡Ojalá que yo me equivoque; ojalá Elvira, ojalá! A

bien, que pronto saldremos de dudas. Hoy Hernan penetrará en la posada.

DOÑA ELV. ¿Cómo, tratais de que tambien hoy siga á S. A.?

REINA. Si fuese lo que yo me imagino... De pensarlo nada mas, parece que se me acaba la vida.

DOÑA ELV. Considerad, señora, que en tal parage no puede haber mas que villanas.

REINA. Y qué, ¿las villanas no son mugeres como nosotras? Si mi esposo fuera villano ¿piensas que yo no le amaria?

DOÑA ELV. Debo evitar que cometais tales imprudencias.

REINA. ¿Sabes que quien no nos conociese, te tomaria por la señora? Que yo lo soy recuerda.

DOÑA ELV. Perdóneme V. A. si mi celo le enfada.

REINA. ¿A qué me obligas á decirte estas cosas? Vamos, perdóname tú.

DOÑA ELV. ¡Oh, no me avergonceis!

REINA. En esta ansiedad yo no podria vivir. Si me equivoco, ¿qué mayor ventura que un desengaño? Si no me equivoco, si Felipe ama á otra, ya ves que no es justo que yo siga adorándole. Muchas veces le perdoné; ya no le perdonaria. Segura estoy de aborrecerle, si es cierto que me engaña. La duda basta para hacérmele aborrecible. ¡Oh! (*Corriendo otra vez á la ventana.*) ¡Ahora si que es él! Ya ha vuelto, Elvira mia, ya ha vuelto. Mira, voy á recibirle. ¡Felipe de mi alma! (*Sale precipitadamente por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA, sola.

DOÑA ELV. ¿Tendrá razon? ¿La ofenderá el rey con algun otro vergonzoso amorío? ¿Se habrá prendado de una aldeana? Nada que malo sea estrañaria en la conducta de don Felipe. ¡Desdichada señora! Ya con él se acerca llena de júbilo. (*Entrase en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA VII.

El REY y la REINA.

REY. Lo que os he dicho nada mas: me empeñé en dar alcance á un maldito ciervo, cuyo rastro habiamos perdido tres veces.

REINA. Bien hicisteis; el ciervo era primero que yo.

REY. Nada hay para mí primero que vos en el mundo.

REINA. (¡Qué bien disimula!)

REY. (Puesto que conmigo ha de ir á Burgos, contenta me conviene llevarla.)

REINA. Supongo que ya no me privaréis hoy de vuestra presencia.

REY. En breve tendré que abandonaros, bien á pesar mio.

REINA. Y ved ahí cómo se prueba que nada hay para vos en el mundo primero que yo.

REY. ¡Qué infundadas reconvenciones! Cierto es que á veces no te consagro la solicitud que debiera; pero advierte que un Rey antes que á sí propio se debe á su pueblo: recuerda que hoy me veo cercado de adversarios temibles, combatido por tu mismo padre.

REINA. ¡Mi padre! ¿A qué me le nombras? ¡Mi padre, á quien hiciste salir de Castilla sin permitirle siquiera que me abrazase!

REY. Él no quiso verte.

REINA. ¡Un padre que no quiere ver á su hija! Eso no puede ser.

REY. Los médicos aseguraron ademas, que una sensacion tan viva cuando tan enferma te hallabas...

REINA. Siempre los médicos, siempre esa supuesta enfermedad que yo nunca he sentido. Tu amor es mi vida, Felipe: tu amor se extingue y mi vida tambien: la fe en tu amor y la vida se me acabarán á un mismo tiempo. Tu ingratitud es la que me mata.

REY. Di mas bien tus locas imaginaciones, tus injuriosas desconfianzas, que á ser menos grande mi cariño, le hubieran ya debilitado. Pero si alguna vez un justo resentimiento se apodera de mi corazon, ¡qué pronto con mayor ternura vuelvo á decirte: Juana mia, te amo!

REINA. ¿Por qué asi me hablas? ¿por qué me haces confiar en lo que no debo?

REY. ¿Por qué dudas tú de mis palabras?

REINA. ¿Por qué? Me has dicho que en breve tienes que abandonarme: dime la causa.

REY. ¿Cuál puede ser sino mis continuas ocupaciones?

REINA. ¿Y tendrás que volver á salir de Palacio?

REY. Tal creo.

REINA. ¿Para ir al meson?

REY. ¿Cómo? ¿qué dices?

REINA. No, no hay insensatez que iguale á la mia. ¡Qué bien me vendí!

REY. Esplicaos, Señora.

REINA. ¿Te parece que aún no me he esplicado bastante? ¿Qué te lleva á ese bienaventurado meson?

REY. (Lo ignora.)

REINA. Habla, responde, tómate siquiera el trabajo de engañarme.

REY. Imposible es que vivamos pacíficamente. A pesar del dictámen de todos tus médicos y de los repetidos consejos de tus mas fieles servidores, habia determinado que juntos partiésemos á Burgos mañana mismo...

REINA. ¿De veras? ¿Eso habias determinado?

REY. Pero otra cosa es la que á entrambos nos conviene: permanecerás en Tudela; partiré solo.

REINA. No, Felipe, no: partiremos juntos.

REY. Insistes en vano.

REINA. No me atormentes. Dime el motivo de tus visitas á la posada: dímelo y te creo.

REY. Por no entristecerte, lo he ocultado hasta ahora. Buen pago recibo.

REINA. ¿Acabarás de mortificarme?

REY. Un negocio de Estado es lo que me conduce á lugar semejante.

REINA. ¿Un negocio de Estado?

REY. Sí, señora, sí.

REINA. Bien; te creo: continúa.

REY. Trato de ganarme la voluntad de uno de los mas fervorosos amigos de tu padre.

REINA. ¿Del Duque de Alva?

REY. Justamente. Era su intencion promover alborotos para arrebatarnos la corona y devolvérsela al Rey don Fernando. Por fortuna ya ha empezado á darse á partido; pero temiendo que si aqui nos veian conferenciar se trasluciese la concordia y llegase á noticia del Rey, ha exigido que nuestras entrevistas se verifiquen secretamente donde menos pueda nadie imaginarse.

REINA. (¿Será cierto lo que me cuenta?)

REY. ¿Estás ya convencida de tu injusticia?

REINA. Sí; de todo lo que quieras. ¿Partiremos juntos mañana?

REY. ¿Quién, ingrata, mas que yo lo desea? Confia en tu esposo: nunca mas le ofendas dudando de su cariño.

REINA. ¿Sabes, Felipe, que ya está agotada mi resistencia, y me moriria de dolor si hoy creyese y tuviera que volver á dudar mañana? ¿Sabes que mi amor ha sido mas fuerte que el tiempo, mas poderoso que tus desdenes? ¿Sabes que en vez de debilitarse al convertirse en deber, se ha hecho mas grande á medida que se hacia màs santo? Te amé cuando te ví; más cuando me llamé esposa tuya; más cuando fui madre de tus hijos. Existe el que me dió el ser, existen las prendas de mis entrañas, hay un Dios en el cielo, que á todos nos redimió con su sangre. Pues bien, óyelo y duélete de esta infeliz: en mí tiene celos la hija de la esposa, la madre de la esposa, celos de la esposa la misma cristiana. Sí, lo conozco, es un crímen: ofendo á la naturaleza y á Dios; por eso el cielo me castiga; pero ¡ay de mí! que no lo puedo remediar.

REY. Hasta el fondo de mi pecho penetran tus hermosas palabras. Ellas me animan á suplicarte de nuevo, que en Burgos como en Valladolid, permitas que yo solo gobierne los estados que poseemos juntos.

REINA. Soy Reina; ceñir la corona de mi madre Isabel es reinar sobre los Reyes; mas no ignoras cuánto desdeño yo esas grandezas, que, comparadas con el sentimiento que llena todo mi corazon, me parecen mez-

quinas. Dame en vez de una corona de diamantes, una corona de flores tegida por tu mano; en vez de régio alcazar, en donde siempre hay turbas inmensas interpuestas entre nosotros, una pobre choza en donde solo nosotros y nuestros hijos quepamos; en vez de dilatados imperios, un campo con algunos frutos, y una sepultura que pueda contener abrazados nuestros cuerpos; tu amor en vez del poder y la gloria, y yo creeré que estoy perdonada y paso del purgatorio al paraiso.

REY. ¡Juana idolatrada!

REINA. Oye: muchas veces se presenta á mis ojos en la inmensidad del vacio la veneranda sombra de mi madre Isabel, señalándome un mundo con la una mano y con la otra mano otro mundo; y veo que ambos se abrazan y que aquel ofrece á su hermano los tesoros de sus entrañas virginales, y que este le envia en larga recompensa el nombre de Dios flotando sobre las aguas. Y oigo que la voz de la reina Isabel me dice, piensa en tus sagrados deberes; y yo pienso en tí; ama á tu pueblo; y yo á tí te adoro; conserva mi herencia, auméntala si es posible, civiliza, regenera, salva; y mi corazon solo responde, amo en cada uno de sus latidos; y quiero llorar como reina arrepentida, y lloro como muger enamorada. ¿Qué mas? Si hoy bajara un ángel del cielo y me digese en mi mano está el remediar tu desgracia, deshaciendo lo hecho y volviéndote á la edad feliz en que aún no eras esposa, yo sin vacilar un punto le responderia, no, no, y mil veces no; quiero ser esposa de Felipe; quiero amarle, aun cuando él haya de aborrecerme; quiero sufrir por él y morir llamándole mio.

REY. Serénate y enjuga esas preciosas lágrimas.

REINA. Ahora son de felicidad.

REY. Ojalá entonces que siempre las vea yo en tu rostro. Don Juan Manuel me aguarda. Volveré para decirte adios.

REINA. Vé, Felipe mio, vé.

REY. (*Se retira y vuelve.*) ¿Con que me prometes no volver á estar celosa?

REINA. Te lo prometo.

REY. (A fé que voy avergonzado.) (*Entrase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

La REINA, á poco doña ELVIRA, un PAGE, luego despues don ALVAR.

REINA. Harto lo conozco: siempre nos ponemos en lo peor. Gracias, Dios santo, gracias.

DOÑA ELV. ¿Ya os encuentro sola?

REINA. Sí, Elvira.

DOÑA ELV. Y alegre á lo que noto.

REINA. Me equivocaba: mis celos eran injustos.

DOÑA ELV. Ahora deberia yo enojarme con V. A.

REINA. Terminó ya lo que á tí te enojaba; he ofrecido no volver á estar celosa.

DOÑA ELV. No saldria yo por fiadora de vuestra promesa.

REINA. Ríete en buen hora: ya verás si la cumplo.

DOÑA ELV. En vuestro aposento ha anunciado Hernan la llegada de ese don Alvar, á quien habeis concedido una audiencia.

REINA. Pues llama, y dí que á esta cámara le conduzcan.

DOÑA ELV. (*Asómase al cuarto de la derecha, hace una seña, y preséntase Hernan, el cual despues de oir algunas palabras que aquella en voz baja le dice, váse por la puerta del foro.*) Estais obedecida.

REINA. ¡Si vieras que mozo tan bizarro era cuando yo le conocí! Querrá pedirme alguna gracia: debo protegerle. ¡Hoy, mas que otros dias, siento tan grandes deseos de hacer bien! Cuando uno es feliz ¡cómo desea la felicidad de todos!

D. ALVAR. (*Presentándose en la puerta del foro.*) Si V. A. me otorga su vénia... (*A una señal entra, y permanece á respetuosa distancia.*)

REINA. Mucho celebro que hayais venido, capitan.

D. ALVAR. (¿Qué pasa por mí?)

REINA. Sé que habeis estado en Italia.

D. ALVAR. (*Reponiéndose.*) Sí, señora: en Italia he guerreado contra los enemigos del nombre español.

REINA. Gonzalo de Córdoba es el primer capitan del mundo.

D. ALVAR. ¡Qué no diera él por oir tal encomio de boca de V. A.!

REINA. ¿Se acuerda de mí?

D. ALVAR. ¿Cómo podriamos haber olvidado á la hija queridísima de nuestra señora la Reina Isabel?

REINA. ¡Verdad que me queria entrañablemente! ¿Recordais con que angelical donosura me llamaba señora suegra, pór la estraña semejanza, que con mi abuela paterna tenia yo, al decir de cuantos la habian conocido?

D. ALVAR. No pronunció palabra delante de mí aquella bendita muger, que para siempre no esté fija en mi memoria.

REINA. ¿Mucho sentiriais su muerte, capitan?

D. ALVAR. No hubo en Italia soldado que no la llorase.

REINA. Juzgad si yo la lloraria; yo que ausente en apartadas tierras, ni siquiera tuve el consuelo de verla morir! Tengo, sí, el único que puede endulzar la amargura de un huérfano: el consuelo de saber que la madre que pierde se va derecha á la gloria.

D. ALVAR. (¿Cómo no amarla?)

REINA. El valor y la lealtad con que á mis padres habeis servido, reclaman premio. Pedidme alguna merced, don Alvar.

D. ALVAR. Consagrarme al servicio de V. A., seria para mí singular fortuna.

REINA. Mañana partimos á Burgos; en el palacio del condestable nos alojaremos. No dejeis de acercaros á nuestra persona. ¿Conoceis al Rey?

D. ALVAR. Nunca le he visto.

REINA. ¿Como nó, habitando en Tudela?

D. ALVAR. No habito en Tudela, señora.

REINA. ¡Ah! ¿En algun otro pueblo cercano?

D. ALVAR. En un meson poco distante, en donde ha dos meses me obligó á detenerme una grave dolencia.

REINA. (*Levantándose.*) ¿En un meson decís? ¿En el del Toledano quizá?

D. ALVAR. En ese mismo.

REINA. Habréis visto en él á dos caballeros que lo visitan diariamente.

D. VLVAR. A nadie he visto, por que hasta hoy no pude salir

de mi estancia; pero sí sé que un caballero flamenco frecuenta aquel parage.

REINA. Un caballero flamenco, que va allí á conferenciar con un caballero español.

D. ALVAR. El flamenco es solo quien va á la posada, y no ciertamente con ese objeto.

REINA. ¡Cómo!

DOÑA ELV. (¡Y habiais prometido no volver á tener celos!) (*Bajo á la Reina.*)

REINA. (Calla.) Y sepamos, ¿qué busca por allí?

D. ALVAR. ¿Qué busca? (*Sin saber qué debe contestar.*)

REINA. (No acierta á respouderme.)

D. ALVAR. Nada... nada que importe á V. A.

REINA. Decidme la verdad, don Alvar; tambien las Reinas somos curiosas.

D. ALVAR. (*Titubeando.*) Aseguro á V. A. que no sé de cierto...

REINA. Mentís, capitan.

D. ALVAR. ¡Oh! (¡Que raro empeño!...)

REINA. Apuesto á que en el tal meson hay alguna beldad campesina, y á que el tal don Juan se ha prendado de ella.

D. ALVAR. En vano será que yo niegue lo que V. A. no ignora. Perdonad; no creí que estuviéseis tan bien informada.

REINA. (¡Madre de Dios! ¡Mentía, mentía!)

DOÑA ELV. (Ved que os observan.) (*Bajo á la Reina.*)

REINA. ¿Con que estaba bien informada? ¿Un amorío es lo que por allí le conduce?

D. ALVAR. Un mero galanteo, que terminará muy en breve.

REINA. ¿Sabeis capitan, que si no me hubieseis dicho verdad, correria grave riesgo vuestra cabeza?

D. ALVAR. ¡Señora!

REINA. Olvidad estas palabras, y retiraos.

D. ALVAR. ¿Me permite V. A. que le bese la mano?

REINA. Sí, tomad. (*Alargándole una mano, que don Alvar besa doblando la rodilla.*)

D. ALVAR. (¿Qué significa esto? ¡Dios mio! ¿Será cierto que está loca?) (*Saluda, y váse por la puerta del foro.*)

ESCENA IX.

La REINA, doña ELVIRA.

REINA. ¡Elvira, Elvira! (*Dejándose caer en un sitial desfallecida.*)

DOÑA ELV. Señora, volved en vos. ¿Quereis que llame?

REINA. No; detente. (*Levantándose con nuevo vigor.*) ¿Ves que hombre tan falso, tan inícuo? No hay palabras con que espresar lo que ese hombre es. ¡Si le hubieses escuchado!... Va á partir en busca de su amada. Yo tambien iré á verla.

DOÑA ELV. ¿Vos?

REINA. Sí, yo, yo contigo.

DOÑA ELV. ¿Qué intentais, señora?

REINA. No te me vengas ahora con réplicas ni amonestaciones: obedece y calla.

DOÑA ELV. Por compasion, oidme.

REINA. ¿Qué mas voz que la de mi oprobio quieres que oiga?

DOÑA ELV. El Rey.

REINA. Trae mantos.

DOÑA ELV. ¿Qué va á ser de esta desventurada? (*Entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA X.

La REINA y el REY.

REY. Vuelvo como te lo habia ofrecido, á decirte adios.

REINA. Por mí no te detengas. Vé y cumple, con tus deberes de soberano.

REY. Asi quisiera yo verte siempre.

REINA. Siempre me verás como ahora. Adios.

REY. ¿Qué? ¿No abrazas á tu esposo?

REINA. Con vida y alma. (*Abrazándole.*)

REY. ¿Te quedas contenta, eres feliz?

REINA. ¿Pues no estás viendo cómo me rio? ¿No he de ser feliz con un esposo como tú?

REY. Logré al fin que reconocieses tu error.

REINA. Por demas era injusta contigo.

REY. Adios, pues, Juana mia. (*Besándole una mano.*)

REINA. Adios mi adorado Felipe. (¡Adios miserable!) (*Váse el Rey por la puerta del foro.*)

ESCENA XI.

La REINA, y despues doña ELVIRA.

REINA. ¿Cómo se irá diciendo ahora: pobre muger, qué bien la engaño, qué bien sé fingir! ¡Con qué alegria exenta de todo recelo, correrá á lanzarse en los brazos de su querida! Juntos me parece ya verlos, clavados los ojos del uno en los del otro; con las manos enlazadas, exhalando tiernos suspiros de amor. ¡Oh! pronto en mí sola se fijarán sus miradas, á mí se dirigirán sus manos pidiendo compasion; los suspiros se cambiarán en grito de espanto. El lo quiere; sea, luchemos: en todas partes me encontrará, no tendrá un minuto de reposo; envenenaré todos sus placeres. Por Dios y los santos que ese hombre ha de soñar conmigo. Vamos, ya es hora. (*A doña Elvira que sale con mantos.*)

DOÑA ELV. ¿Aún insistís?

REINA. Sígueme.

DOÑA ELV. Aguardad á lo menos á que se disponga una litera.

REINA. ¿Para que los espias del Rey lo noten, y vayan y le avisen? Saldremos por esa puerta. (*Indicando la de la derecha en segundo término.*)

DOÑA ELV. ¡A pié! ¡Tan débil como estais!

REINA. ¿Yo débil ahora? Esta muger no sabe lo que se dice.

REINA. Recordad que vuestra frente ciñe una corona.

REINA. Sí, sí háblale en este momento de coronas á mi corazon.

DOÑA ELV. La Reina debiera dominar á la muger.

REINA. Yo no soy más que una muger celosa disfrazada de Reina.

DOÑA ELV. ¡Inspiradla, Dios santo!

REINA. Partiré sola.

DOÑA ELV. ¡Oh no! pronta estoy á seguiros.

REINA. Vamos ,entonces, á sorprender á los dichosos amantes. Ven á verlos separarse como palomas por el águila sorprendidas. (*Dirijese precipitadamente, seguida de Elvira, hácia la puerta de la derecha en segundo término.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cámara de un meson, puertas laterales, otra en el foro, por la cual se distingue un patio. A la derecha una escalera: súbese por ella á un corredor practicable que se estiende en el fondo de un estremo á otro del teatro. En el promedio de este corredor una puerta que da paso á la habitacion de Aldara. Mesa, sillas, bancos.

ESCENA PRIMERA.

El MESONERO, TRAJINANTES 1.°, 2.°, 3.° y otros varios sentados alrededor de la mesa, despues la MOZA del meson.

TRAJ. 1.° Ay maese Garci-Perez, que no hay cosa mejor que un rey bueno, ni cosa peor que uno malo.

MESONER. Cierto, que asi como el bueno es imágen de Dios en la tierra, el malo solo puede ser imágen del demonio.

TRAJ. 2.° Y ahí teneis, que cuando los pobres se mueren de hambre, el Rey pide un servicio de cien cuentos de maravedís.

TRAJ. 3.° Y los flamencos que por acá se trajo, no dejan quieta moneda castellana en ageno bolsillo.

TRAJ. 1.° Grandemente se han aficionado, en efecto, los tales señores al oro de Castilla, y largos son de manos como anchos de conciencia.

MESONER. Para hacerles hueco y á fin de que pongan en feria lo que para sí no codicien, ha quitado el Rey á las ciudades sus corregidores y á los castillos sus alcaides, y sus generales á las fronteras.

TRAJ. 2.° Y á todo esto la Reina en celar á su marido se pasa la vida.

TRAJ. 3.° Cuentan que ha perdido el seso.

MESONER. Medrados estamos con Reina loca y Rey tan ligero de cascos.

TRAJ. 1.° Fuera doña Juana como su madre doña Isabel, y no

hiciera mas de cuatro cosas que hace ese Rey flamenco que el diablo se lleve.

TRAJ. 2.° Aquella si que fué toda una Reina.

MESONER. Ay amigos, la Reina Isabel fué conjunto maravilloso de todo lo bueno, que no parece sino que el cielo quiso reunir en un alma sola cuantas virtudes adoraron los hombres, repartidas entre los mejores monarcas de la tierra.

TRAJ. 3.° Y oí decir que lo mismo era para ella un conde ó duque que el mas miserable labriego.

TRAJ. 1.° Asi es la verdad, que un dia me eché á sus pies cuando salia de palacio, y mas me dió de lo que yo le pedí; y á mi Blasico, que allí conmigo estaba, le hizo una fiesta en el rostro. Ni mi Teresa ni yo podemos mirar desde entonces al renacuajo sin una especie de veneracion y respeto; y el dia que se cumplió un año de la muerte de S. A., la última moneda que en casa quedaba se empleó en dos hermosos cirios, que por el descanso de su alma estuvieron ardiendo hasta consumirse; y todos los años haremos lo mismo; y nuestro hijo lo hará con la gracia de Dios cuando nosotros faltemos.

TRAJ. 2.° Yo nunca le ví la cara á la Reina, porque un dia que pasó por mi lado quise mirarla; y levantar los ojos y volverlos á bajar sin saber lo que me pasaba, todo fué uno.

MESONER. Es que su merced tenia cara de vírgen.

TRAJ. 1.° Por ella nos vemos libres de esos perros moros que ultrajaban á Jesus Nazareno y á su bendita Madre.

TRAJ. 2.° Cubierta de hierro y espuesta á las inclemencias del cielo y á los peligros de las batallas, estuvo muchas veces la Reina Isabel así como el último de sus soldados.

TRAJ. 3.° Ella vendiendo sus joyas, hizo que aquel buen ginovés fuese á descubrir tierras para España.

MESONER. A ella debemos el poder hoy respirar sin temor de que los señores nos traten peor que á sus perros de caza.

TRAJ. 1.° Por ella somos algo en el mundo.

TRAJ. 2.° ¡Cuánto trabajó la pobre! ¡Cuánto pasaria por nosotros.

MESONER. ¡Qué! Si no tenia mas pio que hacer la dicha de su pueblo.

TRAJ. 3.° Y diz que murió como una santa.

MESONER. No es mucho que muera como santo quien como tal haya vivido.

TRAJ. 1.° Una muger así no debia morirse nunca. ¡Pobrecita!

MESONER. Vamos hombre, no te enternezcas que la cosa ya no tiene remedio.

TRAJ. 1.° Porque no tiene remedio lloro, que si lo tuviera, yo me dejaria matar porque ella resucitase.

MESONER. ¡Toma! Si con la vida agena se hubiera podido ir alargando la suya, aun viviera y viviria por los siglos de los siglos.

TRAJ. 2.° Hola: ¿parece que tambien su merced se ablanda?

MESONER. ¿Qué se le ha de hacer? No es uno de risco; y ya que con otra cosa no pudimos pagarle los pobres mientras vivió, justo es que despues de muerta le paguemos con lágrimas el bien que nos hizo; y á fé á fé que la buena señora, no desdeñará nuestro llanto desde el cielo.

TRAJ. 1.° Premie Dios sus virtudes, que él solo puede recompensarlas como es debido.

TODOS. ¡Dios la bendiga! ¡Dios la bendiga!

MESONER. Ea, ea, basta de pucheros; y vaya un padre nuestro por la gloria de su alma. (*El mesonero y todos los trajinantes se levantan, se quitan el sombrero, y permanecen en silencio breves instantes, como si estuvieran rezando.*) ¡Amen!

TODOS. ¡Amen! (*Todos se santiguan.*)

MESONER. Y ahora un trago.

TODOS. ¡Venga, venga! (*Escánciánse vino.*)

MESONER. A la memoria de la mejor de las Reinas.

TODOS. A su memoria. (*Beben.*)

MOZA. (*Saliendo por el foro con un belon de Lucena, que coloca sobre la mesa.*) Alabado sea Dios.

TODOS. Bendito y alabado.

MOZA. La cena se enfria.

TRAJ. 1.° Santa palabra.

TODOS. A cenar, á cenar. (*Vánse los trajinantes por la puerta del foro seguidos de la moza.*)

ESCENA II.

El MESONERO y ALDARA, á quien momentos antes se habrá visto salir de su habitacion y bajar por la escalera.

ALDARA. ¿Qué hay Garci-Perez?

MESONER. Que su merced todavia no ha dado la vuelta.

ALDARA. (¡Oh!) ¿Y ese caballero flamenco que viene todos los dias á estas horas?

MESONER. Tampoco ha parecido.

ALDARA. Ya os dije que no quiero verle.

MESONER. Todo el mundo tiene derecho de entrar en el meson con tal de que pague al salir. Harto os sirvo haciendo creer á la gente que sois sobrina mia. Y temiéndome estoy que fragüe una de las suyas el diablo, y se descubra el enredo.

ALDARA. Poco permaneceré ya en vuestra casa. (*Hácele señal de que se retire.*)

MESONER. (¡Lástima es!) (*Váse por la puerta del foro.*)

ESCENA III.

ALDARA, despues don ALVAR.

ALDARA. Sí, lo conozco, nunca debí amar á un cristiano. Con razon me castigas, o Dios inexorable de mis abuelos. ¿Y si me hubiese engañado? ¿Hasta cuando he de estar engañándome á mí propia? Siempre he notado en él cierta misteriosa preocupacion, que en vano quise esplicarme; siempre ha habido una sombra interpuesta entre nosotros: que era la sombra de una muger, yo me lo imaginaba. ¿Y ahora, cómo dudarlo? Cuando supo la llegada de los reyes á Tudela, ¡qué agitacion la suya! Cuando la fiebre le embargaba los sentidos, ¡cómo le oí gritar: está en Tudela, voy á volverla á ver! Enfermo aún, no ha podido por mas tiempo vencer su afan, y ha volado á Tudela con riesgo de la vida. ¿Qué muger es esa? ¿Habrá venido con los Reyes? Cuitada yo, que juzgué posible que un hombre me amase eternamente. Él es.

D. ALVAR. (*Saliendo por la puerta del foro.*) (Aquí está. ¿Cómo desengañarla?)

ALDARA. ¿Llegásteis al fin?

D. ALVAR. ¿Me recibís enojada porque he tardado? Nunca quisiera yo enojar á quien tanto hizo por mí. Os debo la vida.

ALDARA. Mas que la vida os debí yo: la felicidad.

D. ALVAR. Será mi gratitud eterna.

ALDARA. ¿Gratitud me ofreceis?

D. ALVAR. Decid: ¿vendrá tambien hoy el caballero que os corteja? Restablecido al fin, quiero pedirle cuenta de las molestias que os ha causado.

ALDARA. Dejad en paz al tal caballero, y no con vanas apariencias intenteis deslumbrarme.

D. ALVAR. No comprendo vuestras palabras.

ALDARA. ¿A qué habeis ido á Tudela?

D. ALVAR. ¿No os lo dije? A ver á mi deudo el Almirante de Castilla.

ALDARA. ¿Y á ninguna otra persona habeis visto?

D. ALVAR. Sí, á la Reina.

ALDARA. ¿A la Reina?

D. ALVAR. ¿Por qué os sorprende?

ALDARA. ¿Es hermosa?

D. ALVAR. Angel del cielo parece por el rostro y por el corazon.

ALDARA. ¿Mucho la encomiais?

D. ALVAR. Poco os pareceria si la conociéseis. Me ha ofrecido su proteccion.

ALDARA. Bien la mereceis.

D. ALVAR. Mañana mismo pienso partir á Burgos.

ALDARA. ¿Parten mañana tambien sus altezas?

D. ALVAR. Mañana.

ALDARA. ¿Y solo con el Almirante y con la Reina habeis hablado?

D. ALVAR. Solo con el Almirante y con la Reina.

ALDARA. ¿Aseguran que doña Juana está loca?

D. ALVAR. Falso: torpe calumnia divulgada por el Rey, que quiere apartarla de sí, desconociendo el tesoro que injustamente posee. Pero, por la espada del Gran Capitan, que aún hay castellanos prontos á morir, si es preciso, por defenderla.

ALDARA. Dios la confunda.

D. ALVAR. ¿Qué proferís?

ALDARA. Mal hicisteis en encomiar delante de mí, á quien tanto aborrezco.

D. ALVAR. ¿Que aborreceis á la Reina? ¿Por qué causa?

ALDARA. ¿A qué fingís ignorarlo? Hubo una muger que, haciendo derecho de la usurpacion y ley de la fuerza, subió á un trono que no le pertenecia: y todo fué poco para saciar su sed de poderío y de mando. Tendió su mirada de águila por la superficie de la tierra: vió un imperio compuesto de catorce ciudades y noventa y siete villas; vióle grandemente enriquecido por la fortuna, con insólito afan acariciado por la naturaleza; vióle y le deseó, y dijo: venga á mi mano. Dos Reyes disputábanse el cetro de aquel imperio: el vicio y el valor se lo disputaban. La astuta serpiente que para sí lo queria, amparó el primero contra el último; porque bien conoció que asi despues la victoria le seria mas fácil. Cayó mi valeroso padre el Rey Zagal; el Rey Chico volvió á ser dueño del trono; desplomáronse sobre Granada Aragon y Castilla; el Genil fué Guadalete para la media luna; brilló vencedora sobre las torres de la Alhambra la enseña de la cruz; y la ciudad hermosa, hija predilecta del Profeta, antes por la propia flaqueza rendida que por el valor ageno, dobló su coronada frente bajo la planta del cristiano. Mira como huye al Africa mi padre infeliz, á llorar la mengua de los hijos de Agar; cómo el bárbaro Rey de Fetz creyéndole cómplice de la derrota de Granada, le quema en venganza los ojos. Mírale mendigando el sustento preciso con un cartel pendiente del cuello en donde se lee: «éste es el desdichado Rey de Granada.» De sus ojos sin luz corren lágrimas de sangre; sus manos descarnadas se clavan en la frente, donde no encuentran la corona que buscan. Oye como grita al morir: «venganza contra la Reina Isabel, y contra toda su generacion.» ¡Y me preguntas, por qué aborrezco á la Reina doña Juana, á una hija de la Reina Isabel! ¿Ignoras que antes de conocerte, no

habia mas que anhelo de venganza en mi mente y en mi corazon? ¿Por qué te conocí? Quizá hubiera logrado la gloria de morir por odio á los cristianos, y no que hoy moriré, quizá, de amargura por haber amado á uno solo.

D. ALVAR. ¡Aldara!

ALDARA. Y sin embargo, ¿qué mas pude sacrificarle? ¿qué muger puede merecer el amor de un hombre, si yo no merezco el suyo? Te perdí, el Dios á quien ultrajé me rechaza. Nada me queda: la desesperacion nada mas.

D. ALVAR. Aldara, tal arrebato me sorprende. Yo no he dicho que no os amo.

ALDARA. Eso no es menester decirlo: se conoce, se ve, se siente.

D. ALVAR. Los beneficios que de vos recibí, siempre vivirán grabados en mi pecho.

ALDARÁ. ¿Otra vez vais á hablarme de gratitud? Antes bien, esplicadme la causa que os impide pagar mi amor con amor; decidme si es que amais á otra, á otra á quien sin duda en mucho tiempo no habréis visto, porque entonces sin remedio la hubiera visto yo tambien. ¿Acaso la creiais perdida ó muerta? ¿La habeis vuelto á encontrar por ventura, sin que yo sepa cuándo ni cómo? ¿En Tudela tal vez? Vamos, contadme todo esto. Si es cierto que amais á otra, yo no debo ignorarlo. No, si es cierto, que yo lo ignore siempre, porque seria capaz... seria capaz de matarla.

D. ALVAR. ¡Matarla!

ALDARA. Luego existe; existe.

D. ALVAR. ¿Y suponiendo que existiese?..

ALDARA. No me desafieis.

D. ALVAR. ¿Cuáles son vuestros derechos sobre mí?

ALDARA. Vos porque os he amado, teneis el de ultrajarme.

D. ALVAR. Sabeis que no gusto de lágrimas ni lamentos. Espero que mañana con mas tranquilidad, podréis oirme y reconocer lo indebido de tan reiteradas inculpaciones. (*Entrase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

ALDARA sola, despues el REY.

ALDARA. ¡Y asi me deja, y partirá mañana mismo! Tiempo era ya de que el altivo cristiano humiliase á su esclava. Por un momento he pensado en la Reina... Imposible. ¿Por qué? Mil veces le escuché hablar de ella con entusiasmo singular. ¿Será otro amor el que creí amor del súbdito á la señora? ¿Cómo averiguar la verdad? ¿Pero ha de amar la Reina á este hombre; la Reina, que segun afirman idolatra á su esposo? ¿No puede tener engañado al mundo? ¿No puede Alvar, que desdeña mi afecto, amar á quien el suyo rechace? Le perdonaria que no me amara; que ame á otra no puedo, no quiero perdonárselo. ¡Oh! ¿Quién llega? (*Dirigiéndose hácia la escalera.*)

REY. (*Entrando por la puerta del foro y asiendo á Aldara de una mano.*) ¿Huyes de mí, Aldara encantadora?

ALDARA. Soltad.

REY. Por Dios, que no ví aldeana menos complaciente.

ALDARA. Ni yo mas necio caballero.

REY. ¿Necio me llamas?

ALDARA. Necio sois en perseguir á quien nunca habeis de alcanzar.

REY. Tiene en tí Garci-Perez una sobrina con humos de princesa.

ALDARA. Mas me acerco á princesa, que á sobrina de un mesonero.

REY. ¿Cómo?

ALDARA. Sabed la verdad: ya no tengo porque ocultarla; no soy sobrina de Garci-Perez.

REY. ¡Estraño misterio el que os rodea, señora! Con razon supuse que la condicion que aparentábais, no era la vuestra. Pues bien, yo no soy tampoco un simple hidalgo cual aqui se me cree, soy...

ALDARA. ¿Quién?

REY. Un prócer, un prócer flamenco de los mas esclarecidos.

ALDARA. (Este pudiera ayudarme.)

REY. Desde el dia que mi buena estrella me hizo pasar por delante de este meson, el veros es una necesidad de mi vida. Hasta qué punto logró subyugarme vuestra hermosura, no cabe ponderarlo. Mi corazon os pertenece, señora; por una palabra cariñosa de vuestros labios, diera mi fortuna, mi poder, parte de mi existencia. Tengo que partir á Burgos mañana...

ALDARA. ¿Con los Reyes acaso?

REY. Sí, con los Reyes. Seguidme, y exigid en cambio todo lo que querais; hasta lo que os parezca imposible.

ALDARA. ¿Tanto podeis?

REY. Cuanto quiero.

ALDARA. ¿Sois amigo del monarca?

REY. Mas que amigo.

ALDARA. ¿Su privado quizá?

REY. Puede decirse que el Rey y yo somos una misma persona.

ALDARA. ¿Y si á mí se me antojase frecuentar su palacio?

REY. Seriais dama de la Reina.

ALDARA. ¿Cómo, si por muy ilustre que fuese mi estirpe, yo no pudiera descubrirla?

REY. ¿No pasais aquí por sobrina de un mesonero? Mejor podriais pasar allá por deuda de algun conde ó marqués.

ALDARA. ¿Y vos, os dariais por bien pagado con la única dicha de verme?

REY. Sin duda.

ALDARA. Meditaré acerca de tal ofrecimiento.

REY. ¿Olvidais que tengo que partir mañana?

ALDARA. Por escrito os comunicaria mi resolucion.

REY. ¡Oh! nó, bien mio; fuerza es que os resolvais al momento. Mirad, á corta distancia del meson hay una litera en donde, escoltada por hombres de toda mi confianza, podeis emprender esta misma noche vuestro viage.

ALDARA. ¿Todo eso teneis preparado?

REY. Todo eso.

ALDARA. ¿Pensabais, quizá, sacarme de aqui por fuerza?

REY. Quizá.

ALDARA. Pues quizá no parta yo á Burgos en toda la vida. (*Alejándose.*)

REY. ¿Qué, asi os retirais? (*Tratando de detenerla.*)

ALDARA. Os he dicho que meditaré. (*Apartándose mas.*)

REY. ¡Señora! (*Siguiéndola.*)

ALDARA. Tened un poco de paciencia. (*Sube por la escalera y entra en su cuarto.*)

ESCENA V.

El REY, á poco el MESONERO, despues la REINA y doña ELVIRA.

REY. Mejor dispuesta que esperaba la encuentro. Muchas veces he creido estar enamorado: por vida mia, que ahora va de veras. Su misteriosa condicion, sus repulsas contínuas, ese tenaz desden, á que no estoy acostumbrado, aumentan mas y mas la llama que arde por ella en mi pecho. Aseguremos el golpe. (*Dando porrazos sobre la mesa.*) ¡Hola! Mesonero de Barrabás, hola!

MESONER. (*Saliendo por la puerta del foro.*) ¿Qué se os ofrece?

REY. Venid acá, don bellaco, señor mesonero trapalon, señor tio postizo.

MESONER. ¡Eh!

REY. ¿Conque tan sobrinas vuestras son las que parecen serlo, como liebres las que por tales vendeis á vuestros parroquianos?

MESONER. ¿Pues qué, sabeis?...

REY. Todo lo sé; y escucha atentamente lo que voy á decirte.

MESONER. Ya escucho.

REY. ¿Qué gente hay en el meson?

MESONER. Unos trajinantes.

REY. ¿Qué hacen ahora?

MESONER. Dormir á pierna suelta.

REY. Bien; ¿y nadie mas?

MESONER. Sí, un capitan, un don Alvar de Estúñiga.

REY. ¿Ese, que segun he oido está enfermo?

MESONER. Justamente.

REY. (Ese, no puede estorbarme.)

MESONER. ¿Acabasteis ya de preguntar?

REY. Acabaron las preguntas; empiezan las órdenes.

MESONER. ¡Oiga!

REY. Primeramente dejarás á oscuras estas habitaciones.

MESONER. ¿Pues qué diablos vamos á hacer á oscuras?

REY. Lo verás sino ciegas.

MESONER. ¡Me gusta la aprension!

REY. Obedece aunque no te guste.

MESONER. ¡Por supuesto!

REY. Encerrarás despues, por allá adentro, á todos los mozos.

MESONER. Festivo humor traeis esta noche.

REY. Irás en seguida á abrir la puerta del corral, por donde entraré yo con cuatro embozados.

MESONER. Vaya, vaya, este hombre ha empinado hoy mas de lo justo.

REY. El objeto es sacar de aqui bien á bien, y sino mal á mal, á tu señora sobrina.

MESONER. ¿Habráse visto desfachatez semejante? Si no por otra cosa, por las intenciones se os conoceria que sois flamenco. Y como tenemos un Rey casquivano y antojadizo, parece que todos queremos sacar los pies del plato. ¿Qué apostamos á que aviso á los mozos, y á garrotazos os hacen salir del meson?

REY. Una sola cosa me resta que añadir.

MESONER. ¿Qué le resta que añadir á vuestra merced?

REY. Que como nada es verdad en tu meson endemoniado, tampoco yo soy lo que parezco.

MESONER. Y sepamos, ¿quién es vuestra señoria? ¿Algun truan con visos de caballero?

REY. Soy el Rey.

MESONER. ¡Jesucristo!... ¡El Rey!

REY. Y si no me obedeces ciegamente esta noche, mañana amanecerás ahorcado.

MESONER. Señor... yo... V. A...

REY. Nada mas tengo que decirte.

MESONER. (Bastante es.)

REINA. ¡Oh! (*Apareciendo con doña Elvira en la puerta del foro en el momento en que el Rey va á salir por*

ella. Ambas vienen completamente cubiertas con mantos.)

REY. Perdonad. (Nuevos huéspedes.) Mira. (*Acercándose de nuevo al Mesonero.*) Aloja á esas en habitaciones retiradas. (Todo saldrá bien.) (*Váse por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

La REINA, doña ELVIRA y el MESONERO.

REINA. El Rey ya se va. Hemos llegado tarde.

MESONER. Y yo que le he dicho... (*Fijo en el proscenio absorto en sus meditaciones.*) ¡Quién se habia de figurar!.. En fin, que la robe, y buen provecho le haga.

REINA. ¿Que la robe? ¿A quién?

MESONER. ¿Calla, me oiais? Ya ni siquiera me acordaba...

REINA. ¿A quién va á robar ese caballero?

MESONER. A nadie.

REINA. Decias...

MESONER. Yo no decia nada. Vaya una curiosidad. ¿Quereis un cuarto? Pronto, decid, que tengo prisa.

REINA. ¡Vive Dios! Responde á lo que te pregunto.

MESONER. Tambien jura. Pues, ¡vive Cristo! que podeis continuar vuestro viage, porque no tengo donde alojaros.

REINA. ¿Volverá ese hombre esta noche?

MESONER. Dale, machaca. Ni que fuerais su muger.

REINA. Lo soy.

MESONER. ¿Vos su muger? Já, já, já!

DOÑA ELV. Respetad á esta dama.

MESONER. Pero si dice que el caballero que aqui estaba es su marido. Seria preciso que ella fuese nada menos que... (¡Chiton!)

REINA. ¿Sabeis quién es ese caballero?

MESONER. Vaya si lo sé; mejor que vos por lo visto.

REINA. ¿Sabeis que es el Rey?

MESONER. ¡Cómo!.. ¿vos?...

REINA. ¿No os he dicho que soy su esposa?

MESONER. ¿Que?..

REINA. ¡Miserable! Responde á la Reina.

MESONER. ¡La Reina! ¡Madre de los pecadores!

REINA. ¿Qué te ha dicho el Rey?

MESONER. Me ha dicho... me ha dicho...

REINA. ¿Qué? Acaba.

MESONER. Yo bien quisiera... pero la turbacion y él... V. A. me perdonará... ya se vé... como nunca me ví delante de una Reina...

REINA. Una Reina es una muger como todas las demas, y no tenemos tiempo que perder en asombros ni vanas demostraciones. Vamos, habla, dí.

MESONER. Pero es que si hablo, el Rey hará que me ahorquen mañana.

REINA. Y si no hablas, la Reina hará que te ahorquen esta noche.

MESONER. ¿Con que por fuerza me han de ahorcar?

REINA. Elige.

MESONER. Lo mismo me da ser ahorcado esta noche ó serlo mañana.

REINA. Por mi nombre te juro que nada tienes que temer si me revelas cuanto deseo.

MESONER. ¿De veras? ¿V. A. no me dejará luego en la estacada? Permítame V. A. que le bese los pies.

REINA. De nada respondo, si mas me apuras la paciencia.

MESONER. Pues bien, señora. Hay en el meson una jóven muy bonita, que se llama Aldara.

REINA. Bien; prosigue.

MESONER. El Rey... Ya se ve, un Rey como V. A. ha dicho muy bien, es un hombre como todos los demas. El enemigo malo anda siempre suelto... á veces el mas cuerdo la yerra... la muchacha vale un tesoro...

REINA. ¿Acabarás?

MESONER. En fin, un pecadillo venial, un antojillo que no debe estrañar á nadie.

REINA. ¿Qué mas? ¿Qué mas? Eso que decias antes, de robo.

MESONER. Eso: que se le ha antojado robarla esta noche, y quiere que yo prepare la fuga.

REINA. (¡Dios mio, Dios mio!) ¿Dónde tiene ella su cuarto?

MESONER. Aquel es, señora. (*Señalando á la puerta del corredor.*)

REINA. ¿Hay por aqui alguno vacio?

MESONER. Aquí hay uno bien acondicionado. (*Abriendo la puerta de la derecha.*)

REINA. Está bien. Anda y dí al Rey que ya puede venir por Aldara. (*El Mesonero se aleja un poco y vuelve.*)

MESONER. Me encargó S. A. que dejase á oscuras estas habitaciones. Si aquí ve luz, desde luego comprenderá el engaño.

REINA. No la verá. (*Aléjase de nuevo el mesonero y vuelve como antes.*)

MESONER. (*Hincándose de rodillas delante de la Reina.*) ¿Con que V. A. me asegura, que no corro peligro de ser ahorcado?

REINA. Ninguno, si al punto vas á cumplir mis órdenes.

MESONER. Volando voy. (Mucho cuesta el conocer á los Reyes; mejor me estuviera no haberlos conocido nunca.) (*Váse por la puerta del foro.*)

ESCENA VII.

La Reina y doña ELVIRA.

DOÑA ELV. Sentaos, señora, y recobrad las fuerzas perdidas.

REINA. La lluvia, el aire, el cansancio, la zozobra que me devoraba, todo ha contribuido á que las perdiese. Pero ya me siento bien, créelo Elvira.

DOÑA ELV. ¡Qué imprudencia, señora! En fin, ya no tiene remedio. Procurad no irritar sobradamente á don Felipe.

REINA. Va á venir; retírate á aquel aposento. Que no nos interrumpas te encargo.

DOÑA ELV. Confie en mi sumision V. A.

REINA. Llévate esa luz.

DOÑA ELV. ¡Sea la vírgen con nosotras! (*Entran por la puerta de la derecha llevándose la luz.*)

ESCENA VIII.

La REINA sola, despues el REY y EMBOZADOS. Luego don ALVAR, ALDARA y doña ELVIRA.

REINA. Allí está esa muger. ¿Será muy hermosa? Verla

puedo ahora mismo. ¿Qué hago? No: esperemos aquí á Felipe. ¿Se atreverá á mentir todavía? ¡Cómo me voy á gozar en su sorpresa, en su turbacion, en su cólera. Dia es este para mí de triunfo; momento es este que me indemniza de las amarguras soportadas en muchos años. ¡Oh, pasos oigo. ¿Serán los suyos? ¡Cuáles otros pudieran retumbar así en el fondo de mis entrañas!

REY. (*Hablando desde la puerta del foro.*) Quedaos ahí; aguardad á que os llame.

REINA. (¿Qué me sucede? ¿Es esta la fortaleza con que contaba?)

REY. Subamos á su cuarto. (*Al dirigirse á la escalera que conduce al cuarto de Aldara, repara en la Reina.*) ¡Oh, allí distingo una muger!

REINA. (Se detiene.)

REY. (*Acercándose.*) Aldara, ¿sois vos?

REINA. ¿Qué haré, qué haré?

REY. Aldara. (*Asiendo una mano á la Reina.*) (No retira su mano.)

REINA. (¡Valor!)

REY. No quereis responderme.

REINA. Ja! ja! ja!.. (*Prorumpe en ruidosa carcajada, como habiendo tomado una resolucion.*)

REY. ¿Os burlais de mí?

REINA. Ja! ja! ja!

REY. ¡Cielos, no es ella! ¿Quién entonces? ¿Quién sois? Responded. Luces, Ferran, luces.

REINA. Pensé que me verias con los ojos del corazon.

REY. ¿Esta voz?.. Deteneos. (*Toma la luz de mano de uno de los embozados que se presentan en la puerta del foro, y despues de ordenarles que allí permanezcan, se acerca precipitadamente á doña Juana.*) ¡La Reina, la Reina aquí!

REINA. ¿Dónde mejor puede estar la Reina que al lado del Rey?

REY. (*Dirigiéndose á los embozados, despues de dejar la luz sobre la mesa.*) Salid todos: aguardadme lejos de este recinto. Nadie penetre en él, suceda lo que quiera. Cuando os necesite saldré á buscaros. (*Vánse*

los embozados, y el Rey cierra la puerta del foro.)
¿Quereis decirme, Señora, por qué razon os encuentro aquí?

REINA. ¿No lo adivinas?

REY. Quiero que vos me lo digais.

REINA. Vengo á darte ayuda en el negocio de Estado que te trae á este sitio.

REY. (¿Qué dice?)

REINA. Sí; quiero hablar con ese magnate á quien das audiencia secreta en este meson todos los dias. Por lo visto no has logrado aún granjearte su afecto, y el rebelde persiste en su idea de promover trastornos en contra tuya. Pues bien: sabrá de mi boca que lejos de ofenderme y tiranizarme, cada dia me das pruebas mas patentes de amor y respeto; que en vez de oprimir y vejar á Castilla, por su bien te desvives; que todo lo malo que de tí se cuenta, en fin, son calumnias fraguadas por tus enemigos; y puesto que ellos han elegido mi nombre por bandera, justo es que yo misma me encargue de justificarte á la faz del mundo entero, publicando tus virtudes de esposo y de rey. ¿Qué te parece? ¿Está mal pensado? No contará seguramente con mi venida el buen duque de Alba. Gran golpe vamos á dar á los partidarios de mi padre. Tiempo era ya de que España te conociese como yo te conozco.

REY. (¿Qué debo pensar?)

REINA. Dime, ante todo: ¿que muger es esa que has nombrado al entrar aquí?

REY. Es la sobrina del mesonero.

REINA. ¿Y para qué la buscabas?

REY. Para preguntarle si habia venido ya el duque.

REINA. Y para eso era menester asirle una mano.

REY. Como no se me respondia, traté de cerciorarme...

REINA. ¿Sabes que el oficio de Rey no es tan fácil como parece?

REY. Cuesta efectivamente grandes amarguras.

REINA. ¡Pobre Felipe! ¡Cuántas humillaciones, cuántos afanes, por evitar que la sangre de tus vasallos corra en contienda civil!

REY. Celebro que me hagais justicia.

REINA. ¿Que si te hago justicia? Mas de lo que supones. ¿Qué creyera otra muger, á quien se le hubiese dicho que solo á cortejar á una jóven bonita vienes á este meson, y que esta misma noche tratabas de robarla? Creyéralo verdad, y al verte aquí llamando á una muger en medio de las tinieblas, no vacilara en darte nombre de falso, de perjuro, de traidor...

REY. ¡Doña Juana!

REINA. Mas ni por un instante te supuse yo capaz de tanta villanía.

REY. Basta, Señora.

REINA. Yo he cerrado á la evidencia los ojos y los oidos, y solo doy crédito á lo que tú me dices.

REY. ¡Señora!

REINA. Insensato, ¿no conocias que me estaba burlando de tí?

REY. Me asombra tanta audacia. ¿Y pensais que yo he de someterme á esa vergonzosa tutela que sobre mí quereis ejercer?

REINA. ¿Y pensais vos que yo he de permitir que se me ultraje impunemente?

REY. Tranquilizaos, ante todo.

REINA. ¿Tranquilizarme? Antes hubiera sido oportuno semejante consejo; pero ahora que con mi presencia logro arrebatarte el bien que anhelabas, ahora tú eres el que padece, yo soy dichosa; tú el que tiembla, yo sosegada me encuentro. El dolor tiene tambien su alegria; tambien la desesperacion tiene su tranquilidad.

REY. Pero ved que semejantes locuras pueden ser mal interpretadas y poneis en riesgo mi honor.

REINA. ¿De tu honor te atreves á hablarme? ¿Y el mio? ¡El honor de los hombres!.. Tambien nosotras tenemos nuestro orgullo, nuestros derechos, nuestro honor. Guardadora del tuyo, aquí vine para reclamar que guardes el mio. Mentira; no hizo Dios el pudor patrimonio esclusivo de la muger.

REY. Engañada vivís, si creeis que asi se conquista el afecto de un esposo.

REINA. Si lo que yo quiero es que me aborrezcas; y como mi amor es tu castigo, yo te amaré mas cada dia; siempre mas.

REY. El amor que me teneis, señora, raya en estravagancia, en locura, y al fin llegará á ser mofa de la gente.

REINA. ¿Mofa de la gente el amor que te tengo? Oh, sí: natural es que una muger ame á un galan; pero ¿hay nada tan estravagante como una muger que ama años y años á su marido? El amor ilegítimo, el amor adúltero, ese es amor: el amor legítimo y santo, ese no es amor, es rareza, estravagancia, locura.

REY. Volveos á Tudela, señora; yo os daré quien os acompañe.

REINA. ¿Qué mas?

REY. Vuestra temeridad necesita un correctivo...

REINA. No hay perfidia que no sea insolente.

REY. Repito que las apariencias os engañan.

REINA. Siempre la mentira en tu boca.

REY. Básteos ver como me ultrajais, y cómo yo lo tolero.

REINA. Siempre la hipocresía en tu alma.

REY. ¿Quereis oir la verdad? Oidla: vuestro amor es un yugo que se me va haciendo insoportable.

REINA. Óyelo y sufre: te amo.

REY. Paso, señora. Voy á buscar á esa dama.

REINA. Cómo ¿os atreveriais?..

REY. A todo.

REINA. No me obligues á publicar aquí tu mengua.

REY. Sola estais á mi lado.

REINA. Gritaré.

REY. Nadie responderá á vuestras voces.

REINA. Lo veremos. ¡Favor... socorro!..

REY. Ved lo que haceis.

REINA. Tú lo has querido.

REY. ¡Silencio, desdichada!

REINA. ¡Socorro; favor á la Reina!

ALVAR. ¡Cielos, qué miro! (*Presentándose en la puerta de su cuarto, y reconociendo á la Reina.*) ¡Miserable! (*Desnudando la espada, y corriendo hácia el Rey.*)

REINA. ¡Eh! ¿Quién sois? ¿Qué quereis? (*Cubriendo al Rey con su cuerpo.*)

D. ALVAR. Su muerte.

REY. ¡Villano! (*Poniendo mano á su acero.*)

REINA. ¿Su muerte? ¿Matarle á él? A mí primero. Atrás. Yo le amparo, yo le escudo. De rodillas, capitan, de rodillas. ¡Es mi esposo, es el Rey!

D. ALVAR. ¡El Rey! (*Doblando la rodilla.*)

ALDARA. ¡La Reina! (*Saliendo de su cuarto, y asomándose por el corredor con una lámpara en la mano.*)

El Rey dirige al capitan una mirada amenazadora, con la mano puesta aún en el pomo de la espada; la Reina llena de espanto, no deja de cubrir al Rey con su cuerpo; don Alvar á alguna distancia, de rodillas, humillando su acero á los pies de la Reina; Aldara asomada en el centro del corredor; doña Elvira á la puerta del aposento en que antes habia entrado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon del palacio del Condestable en Burgos. Tres puertas al foro; otras laterales; supónese que la de la derecha conduce á las habitaciones del Rey, y la de la izquierda á las de doña Juana. Dos mesas: una de ellas á la izquierda, cerca del proscenio.

ESCENA PRIMERA.

Don JUAN MANUEL, el marques de VILLENA, despues VERE, luego el ALMIRANTE y varios nobles; en seguida otros, y á poco MARLIANO.

D. J. MAN. Como os lo cuento, Pacheco amigo. Y es lo mas peregrino del caso, que la Reina en estos breves dias ha cobrado mucho afecto á su encubierta competidora.

MARQUÉS. No ví hombre menos escrupuloso que el Rey para este linage de aventuras. Caro paga doña Juana los celos con que tan á la continua le aburre. ¿Y á punto fijo se sabe el nombre y condicion de esa misteriosa beldad, hoy por vos convertida en dama de la Reina?

D. J. MAN. Supuesto es el nombre que ahora lleva de doña Beatriz: Aldara llamábase anteriormente. Su verdadera condicion aun el mismo don Felipe la ignora.

MARQUÉS. ¿Y no temeis que doña Juana trasluzca el engaño?

D. J. MAN. Difícil es. Como deuda mia presenté á Aldara en palacio, y logré que al propio tiempo que á otras, la admitiese la Reina en su servidumbre. Tal, escepto nosotros, la cree todo el mundo.

MARQUÉS. ¿Qué hay, señor de Vere? (*A Vere que sale del cuarto del Rey.*) ¿Ha participado ya don Felipe á los grandes su acuerdo de recluir á la Reina?

ERE. Y no se ha oido la nueva con tanto agrado como ambos suponiais.

D. J. MAN. No os alarmeis tan pronto. Seguro estoy de que muchos cumplirán el ofrecimiento que sellaron con sus firmas, de amparar al Rey en caso de que fuese preciso encerrar á doña Juana, y de que el pueblo no llevase á bien esta grave resolucion. Sobrarán medios para triunfar de los que hoy se muestran rehacios.

VERE. S. A. ha derramado ya á manos llenas mercedes y premios. El toison de oro de su casa de Borgoña pende ya del cuello de muchos nobles y ricos-hombres de Castilla.

D. J. MAN. Aun no ha hecho bastante.

VERE. De vuestro celo, señores, fia S. A. el buen logro de sus planes. Una Reina loca es obstáculo invencible á la buena gobernacion de la monarquia. En don Felipe tendrán los castellanos un Rey justo y valeroso, y vosotros un amigo siempre dócil á los sanos consejos.

MARQUÉS. Justo es sin duda ninguna, que á mí me ha ofrecido devolyerme las tierras del marquesado de Villena, que indebidamente me quitó la Reina Isabel.

VERE. Tiene, sin embargo, impertérritos enemigos. Varios grandes le amenazan desde Andalucía; el de Alba no perdona medio de combatirle; el Almirante...

D. J. MAN. Vedle ahí.

ALMIRAN. ¿Sabeis señores, (*Saliendo por el foro con otros nobles.*) de qué se trata esta mañana en la estancia del Rey?

D. J. MAN. El Rey, señor Almirante, ha decidido recluir á su infeliz esposa, hasta que el cielo se sirva devolverle el juicio que perdió; y en este punto participa á los grandes su acuerdo.

ALMIRAN. Pues á fé, que ese incalificable empeño del Rey Archiduque, le ha de acarrear grandes males.

D. J. MAN. Empeño incalificable el vuestro, y el de los que como vos, niegan lo que ya está fuera de duda.

VERE. S. A. obra cual debe, señor Almirante.

ALMIRAN. No hay porque me sorprenda, señor mayordomo del Rey, el que la turba estrangera, capitaneada por vos, quiera hacer propiedad de don Felipe el trono castellano; que siendo vuestro generoso compatriota único

señor de estos reinos, mas impunemente como á tierra conquistada los tratariais.

VERE. ¡Caballero!

D. J. MAN. Válgate Dios por áspero y desabrido.

NOBLE 1.° El Rey exige demasiado. (*Saliendo con otros del cuarto del Rey.*)

NOBLE 2.° Nosotros, señores, estimamos acertada su determinacion.

D. J. MAN. Inhábil doña Juana para reinar, ¿á quién si no á él pertenece la corona durante la menor edad del príncipe don Cárlos?

ALMIRAN. Cuenta con lo que prometeis, caballeros: en córtes únicamente pudiera adoptarse medida de tanta trascendencia. Las de Valladolid, siguiendo el ejemplo de las de Toro, sólo reconocieron por Reina propietaria de Castilla á la hija de Isabel y Fernando. Los procuradores de las ciudades no dieron crédito á la torpe calumnia con que hoy de nuevo se aspira á destronarla. ¿Serán los próceres del reino menos leales? Don Felipe quiere oponer vuestra fuerza al encono del pueblo. ¿Patrocinaréis vosotros la usurpacion y la injusticia?

VERE. ¿Eso decís en palacio?

ALMIRAN. Tambien en palacio debe decirse la verdad. Los que no teman esponerse al enojo del príncipe borgoñon, acudan hoy conmigo á una entrevista que pediremos á la Reina. Veréis todos, que merece serlo; que su cordura escede con mucho á la de los que se empeñan en hacernos creer que para siempre la ha perdido.

MARLIANO. (*Saliendo tambien del cuarto del Rey.*) Su médico soy, vivo constantemente á su lado y opino de la propia manera. (*Murmullos entre los cortesanos.*)

NOBLE 1.° Acudiré á esa entrevista con vos, Almirante.

NOBLE 2.° Tambien nosotros.

ALMIRAN. Os buscaré despues, señores. (*Váse por el foro, seguido de algunos.*)

MARLIANO. Don Juan Manuel, S. A. manda que reunais el Consejo.

D. J. MAN. Voy á convocarlo.

VERE. Temo que ahora tampoco se logre el objeto.

MARQUÉS. Desconfiado sois por demas.

ESCENA II.

MARLIANO; despues la REINA y doña ELVIRA.

MARLIANO. ¡Que yo afirme como verdad lo que sé que es mentira! mal me conoces, Rey injusto. Si mis insignes compañeros deponen su conciencia á tus plantas, movidos por temor ó codicia, nunca yo seguiré ejemplo tan vergonzoso.

REINA. (*Saliendo de su cuarto con doña Elvira.*) No lo dudes, Elvira: el Rey confia en mí demasiado.

MARLIANO. V. A. sigue bien, ¿no es cierto?

REINA. Tres veces me lo habeis preguntado ya esta mañana.

MARLIANO. Vuestra salud es para mí inestimable tesoro. (*Saluda y váse.*)

ESCENA III.

La REINA y doña ELVIRA.

REINA. Pues sí, Elvira: la escesiva confianza perjudica al amor.

DOÑA ELV. Desechad, señora, tal idea de vuestra mente.

REINA. Ya ves, que ahora Felipe se muestra para conmigo mas solícito que nunca, y permanece largo tiempo á mi lado. Que no mira al capitan con buenos ojos, es evidente: algo debe de haber conocido. ¿Si por este medio lograse recuperar su afecto?

DOÑA ELV. Creedme: estais cometiendo, cuando menos, una imprudencia.

REINA. ¡Qué prudentes sois los dichosos! A no serlo me autoriza la desgracia; y el noble fin que me propongo, harto me sirve de disculpa. Estímase doblemente un bien si tememos perderlo. Tema el que siempre ha confiado. Lo que no conseguí sufriendo por él, quizá mortificando su vanidad lo consiga. Olvidaríale si pu-

diese; pero no puedo, ni debo. No es solo mi esposo, es tambien el padre de mis hijos. No solo para mí trato de ganarme su corazon, sino tambien para los hijos de mis estrañas.

DOÑA ELV. Con todo, si don Alvar interpretase indebidamente vuestras afectuosas demostraciones...

REINA. Así quizá las interpretaria un cortesano; él ni por pienso: la vida de los campamentos no pervierte el corazon, como la vida de los palacios. Para el buen Alvar no soy una muger; no soy mas que la Reina. Inspirar celos á Felipe. ¡Ventura envidiable la mia si lo consiguiese! ¿Qué quieres? adoro á mi marido; es una desgracia que no tiene remedio. Mucho me ofendió; no importa, todo se lo perdono con tal de que no me engañe otra vez. ¿Cuándo piensas que volverá Hernan?

DOÑA ELV. Hoy le aguardo.

REINA. Ya siento haberle enviado á ese maldito meson. Sin causa temí que el Rey hubiese traido esa muger á Burgos. Ahora apenas sale de palacio, y no sale nunca sin que yo sepa despues á donde ha ido. Lo conozco; soy escesivamente celosa. Segura estoy de que Hernan ha visto allí á esa Aldara que tanto daño me causó.

DOÑA ELV. Verla debisteis, ya que por ella fuimos á la posada.

REINA. ¿Cuándo? Con Felipe abandonamos aquel sitio, no bien don Alvar acudió á defenderme.

DOÑA ELV. Don Alvar, que desnudó contra el Rey su acero.

REINA. Ignorando quien fuese. El Rey le perdonó y le admite en palacio.

DOÑA ELV. Pero ya tiene un motivo de resentimiento contra él. En grave riesgo poneis al capitan, dando á S. A. nuevo motivo de saña.

REINA. ¡Oh! en último estremo le diria la verdad. ¿Y doña Beatriz? ¿cómo es que todavia no ha venido á saludarme?

DOÑA ELV. ¿Por qué tan pronto habeis cobrado aficion á esa dama?

REINA. Qué se yo: miento; lo sé: rubor me cuesta el confesártelo. La aprecio porque detesta á mi marido. No

pierde ocasion de zaherirle: en muchas he tenido que enojarme con ella.

DOÑA ELV. (¿Me habré equivocado?)

REINA. Mira (*Asomándose á un agimez.*) como por allí se pasea meditabundo don Alvar. En su Gran Capitan estará pensando, que nunca se le cae de la boca.

ESCENA IV.

DICHAS y ALDARA; despues el REY.

ALDARA. (¿Que mirará con tanta atencion? (*Colocándose detras de la Reina y mirando como ella por la ventana.*) ¡Oh! ¡A él le mira, á él!)

REINA. Os vemos por fin esta mañana, señora.

ALDARA. ¿Cómo ha pasado V. A. la noche?

REINA. Bien: muy bien. ¿Y vos? ¿Me parece que estais algo pálida? ¿Os sentis mal?

ALDARA. No señora.

REINA. Despues de Elvira, sois de todas mis damas la que yo mas estimo, y cualquiera dolencia vuestra me afligiria mucho.

ALDARA. Sois por estremo bondadosa.

REINA. Y sin embargo, la ninguna voluntad que mostrais por mi esposo, debiera ciertamente enagenaros la mia.

ALDARA. ¿V. A. supone?...

REINA. ¿Si creereis que no lo he notado?

ALDARA. Perdonad si mi tibieza... Procuraré enmendarme.

REINA. Oh no, al contrario... (*Reprimiéndose.*) Os perdono, os perdono.

DOÑA ELV. (*Bajo á la Reina.*) (S. A., señora.)

REINA. (¡Ah! ven.) (*Se acerca de nuevo al agimez; doña Elvira la sigue.*)

ALDARA. (Vuelve á la ventana.)

REY. ¿Aquí estabais? (*Con vehemencia saliendo de su habitacion.*)

ALDARA. Reparad!... (*Mostrándole la Reina.*)

REY. (¡Ah! La Reina.)

REINA. Es dechado de nobles y valerosos caballeros.

REY. ¿A quién se dirigen tales alabanzas? (*Acercándose á ella.*)

REINA. ¡Oh! ¿Sois vos? (*Fingiendo sorpresa y sobresalto.*)

ALDARA. (Se turba.)

REY. ¿A don Alvar se dirigen acaso? (*Mirando tambien hácia dentro.*)

REINA. Ciertamente, á don Alvar.

REY. Estaba impaciente por veros.

REINA. Mejor me siento que de costumbre. (*Retirándose.*)

REY. ¿Os vais?

REINA. Si no disponeis otra cosa...

REY. No os detengo.

REINA. (Paréceme que no finjo mal.) (*A doña Elvira, al irse con ella.*)

ESCENA V.

EL REY y ALDARA.

REY. ¡Cambio mas peregrino! Dijérase que doña Juana esquiva ahora mi presencia.

ALDARA. ¿Eso habeis observado?

REY. Hace dias.

ALDARA. (¡Cruel certidumbre!)

REY. Pocos instantes puedo permanecer aquí: mi Consejo me espera. Triste de mí, que en no viéndoos, parece que me falta la vida.

ALDARA. ¿Cuándo partirá la Reina?

REY. ¡Y qué mal me pagais! En vano suplico, en vano sufro, en vano me desespero: á un tiempo crecen mi amor y vuestro desvío.

ALDARA. ¿Cuándo partirá la Reina?

REY. Pronto; de eso vamos á tratar en el Consejo. Pero, ¿es posible que tengais celos de doña Juana?

ALDARA. ¿Que si tengo celos de doña Juana? Sí; tengo celos de vuestra esposa.

REY. Luego, ¿tanto me amais?

ALDARA. Amo, amo, á pesar mio.

REY. ¿A pesar vuestro, ingrata? Pues ¿qué no hice yo para merecer vuestro cariño? Quisisteis venir á Palacio, ser dama de la Reina: ya está cumplido vuestro anhelo. Por vos, antes de lo que fuera oportuno,

voy á realizar mi designio de alejarla para siempre de mi lado. Os amo, y no me prevalí todavia del derecho que me da vuestro amor, ni del poder que me da mi corona. Hablad; decidme vuestro nombre; yo haré que al punto recobre su esplendor primitivo, si como á suponerlo me induce vuestra tenaz reserva, alguna mancha le deslustra. No hay mancha que no lave la gracia del Rey. Rey de España es quien os adora rendido. Cien y cien estados escucharán de rodillas la palabra de vuestra boca; por satisfacer los deseos de vuestro corazon séres innumerables se agitarán en toda la superficie de la tierra.

ALDARA. Temo que tambien, como la Reina, hayais perdido el juicio.

REY. Celos tengo tambien como ella, celos de cuantos miro á vuestro lado; y sobre todo de ese hombre que en el mismo meson que vos habitaba, de ese hombre que tuvo la osadia de desnudar contra mí su acero; y por el cual la Reina y vos á una habeis intercedido.

ALDARA. Señor, me prometisteis no tener celos de ese hombre.

REY. Porque me asegurasteis que no piensa en vos, que suspira por otra.

ALDARA. Y de nuevo os lo aseguro. ¿Estais satisfecho?

REY. Perdonadme, Aldara; tiemblo, dudo, porque me parece imposible que haya quien os vea y no os adore.

ALDARA. Señor, recordad que os estan aguardando.

REY. ¿Me amais?

ALDARA. ¿A qué repetirlo?

REY. ¿Y cuando me daréis una prueba de vuestro amor?

ALDARA. Haced que parta pronto la Reina.

REY. Hasta luego, bien mio, no tardaré. (*Váse.*)

ESCENA VI.

ALDARA, y á poco don ALVAR.

ALDARA. Y decia la pérfida que amaba á su marido. ¡Que pronto le olvidó! Raza mezquina, de nada grande capaz, ni de nada eterno. Las hijas del Profeta sí que sabemos amar y aborrecer.

D. ALVAR. (*Saliendo por el foro derecha.*) Os buscaba, señora.

ALDARA. ¿Hoy me buscais, cuando ayer de mi os alejábais?

D. ALVAR. Hora es ya de que medie una esplicacion entre nosotros. ¿Que haceis aquí?

ALDARA. Vengarme.

D. ALVAR. ¿De quién?

ALDARA. De la Reina.

D. ALVAR. Que el Rey trata de encerrarla en un castillo acabo de oir. Ufanaos con el título de favorita de un Rey; meditad planes de venganza: pérfida astucia que yo sabré descubrir; inícua trama que yo sabré desbaratar.

ALDARA. ¡Don Alvar!

D. ALVAR. Disculpad mi arrebato, y reconoced vuestra injusticia. ¿Qué seguridad teneis de que yo ame á la Reina?

ALDARA. ¿Y quién piensa en vos? En una hija de la Reina Isabel vengo á mi padre; en una Reina cristiana vengo á mi raza entera.

D. ALVAR. Revelaré á doña Juana vuestro designio.

ALDARA. Eso acelerará su pérdida.

D. ALVAR. Oh, señora, si es cierto que alguna vez me habeis amado, desistid de tan indigno propósito. Huid de este palacio donde solo la ignominia os aguarda.

ALDARA. Para nada os cureis de mí, caballero. Ni el Rey ha vencido ni vencerá nunca mi fortaleza.

D. ALVAR. ¿Y á que con apariencia de iniquidad encubrir la nobleza de vuestro carácter? Si un dia pudisteis dar entrada al rencor en vuestro pecho, tiempo hace que para siempre quedó en él borrado por otros sentimientos mas puros.

ALDARA. En vos amaba á un cristiano; por vos los hubiera amado á todos, renunciando á mi Dios y adorando en el vuestro.

D. ALVAR. Considerad, pues, entonces por lo que á vos os hace sufrir una vana imaginacion, lo que sufrirá esa desdichada Reina, si al fin descubre la perfidia del hombre á quien ciega idolatra.

ALDARA. ¿Tambien vos quereis hacerme creer que la Reina está enamorada de su marido?

D. ALVAR. ¿Quién sino vos lo niega? Abrid los ojos á la razon,

sed piadosa. Creo en lo que me habeis dicho, creo que aun sois digna de mi estimacion. Pues bien, huyamos juntos, convertíos á la fé del Salvador; y ¿que mas? seré vuestro esposo. Mañana mismo huirémos de aquí; ¿que digo mañana? hoy, sin tardanza, al punto.

ALDARA. ¿Pero no veis insensato, que cada una de vuestras palabras es un puñal que se me clava en el corazon? ¿No veis que mas y mas me estais probando el inmenso amor que esa muger os inspira? Por ella veo humedecerse vuestros ojos, y oigo vuestra voz acongojada; por ella deponeis ante mí vuestra altivez; por ella consentís en ser esposo de tan miserable criatura como yo. Dierais contento, por evitarle el menor disgusto, vuestra espada de soldado, vuestro honor de caballero, vuestra sangre, vuestra vida; todo por ella. Y probándome esto ¿quereis aplacarme? ¿Qué ha hecho esa muger, qué hechizo ha empleado para conquistar semejante idolatría? Y yo... yo que os adoro... Idos; dejadme. Necesito llorar, y antes me moriré que llorar delante de vos!

D. ALVAR. Lágrimas que os venden revelando vuestra generosa ternura. Aún mereceis reposo y dicha: huyamos, Aldara. De todo punto son infundados vuestros temores.

ALDARA. Mirad, aqui hay un libro de los Santos Evangelios. Dicen que ningun cristiano jura en falso, si jura con la mano puesta sobre este libro. (*Tomále de encima de una mesa.*) Poned sobre él la vuestra, y juradme que no amais á doña Juana. (*Le abre y se le presenta á don Alvar.*)

D. ALVAR. (¡Cielos!) Amo en ella á la Reina.

ALDARA. Jurad que no á la muger.

D. ALVAR. ¿Dudais de mis palabras?

ALDARA. Sí; dudo.

D. ALVAR. Me ofendeis sin motivo.

ALDARA. Jurad.

D. ALVAR. (Perdóname, Dios eterno.) Puesto que asi lo quereis... (*Poniendo la mano sobre el libro.*)

ALDARA. Jurad.

D. ALVAR. Juro... ¡Oh! ¡Nunca! ¡Imposible! (*Alejándose con religioso pavor.*)

ALDARA. ¡Ay de vos! ¡Ay de la Reina! (*Cerrando el libro, y volviéndolo á dejar en la mesa en que estaba.*)

ESCENA VII.

DICHOS y la REINA; despues el REY.

REINA. ¿Por qué no habeis ido á buscarme, mi querida Beatriz? ¿Os ha entretenido acaso vuestro pariente don Juan Manuel?

ALDARA. No; ahora iba á buscar á V. A. (*Procurando ocultar su agitacion.*)

REINA. Guárdeos el cielo, don Alvar.

D. ALVAR. Si V. A. me da su permiso...

REINA. ¿Por qué quereis retiraros? Grata me es la presencia de mis leales servidores.

ALDARA. (Adrede me insulta.)

REINA. Oí decir que en el juego de ajedrez sois invencible. Veamos vuestra destreza. (*Sentándose cerca de la mesa situada á la izquierda del proscenio; en ella habrá un juego de agedrez.*)

D. ALVAR. Considerad, señora, que no soy digno de la honra que quereis dispensarme.

REINA. Vamos; no os turbeis: yo no gusto de exagerados miramientos; olvidaos de que soy la Reina, y no tengais compasion conmigo.

ALDARA. (¡Qué insoportable humillacion!)

D. ALVAR. (Qué fatalidad!) (*Sentándose.*)

ALDARA. (¡Ah! ¡El Rey!) (*Viéndole aparecer.*)

REINA. (Le esperaba.) (*Empieza á jugar y lo mismo don Alvar.*)

REY. Pláceme, doña Juana, que asi honreis al capitan.

D. ALVAR. Señor, la merced que la Reina me otorga...

REINA. Es muy merecida: la nobleza de vuestra cuna os autoriza á estar á mi lado; la de vuestro corazon os hace acreedor á mis bondades. El que es amigo del Gran Capitan bien puede serlo nuestro.

REY. Mal empezais don Alvar. (*Reparando en el juego.*)

REINA. Está muy turbado, y hace ademas porque yo le gane.

REY. No me esperaba esta ventura. (*Acercándose á Aldara, que está de pie en el estremo opuesto del escenario.*)

ALDARA. Hablemos, señor, hablemos de nuestro mútuo cariño.

REY. Ved; felizmente ni siquiera repara en mí doña Juana.

ALDARA. (En otro pone su atencion.) (*Siguen hablando en voz baja.*)

REINA. Cuéntase capitan, que en la batalla de Cerinola hicísteis prodigios de valor, viéndoos en ella cara á cara con el mismo duque de Nemours.

D. ALVAR. ¡Bravo caudillo! Nada menos que la espada del Gran Capitan se necesitaba para vencerle.

ALDARA. ¿Qué se ha decidido en el Consejo?

REY. La reclusion de doña Juana, es cosa resuelta.

D. ALVAR. (Temo por la Reina... ¿Qué debo hacer?)

REINA. Distraido estais, don Alvar.

D. ALVAR. Perdonad. (*Siguen jugando.*)

REY. Concededme la entrevista que os pido.

ALDARA. (¡Le mira! ¡Le mira!) (*Sin apartar los ojos de la mesa en donde estan la Reina y don Alvar.*)

REINA. (Yo le haré que sospeche.)

REY. ¿No me ois, Aldara?

ALDARA. ¿Como no, señor?... (¡Y él será tan dichoso en este momento!)

REY. Teneis clavados los ojos en el capitan.

REINA. (Mira hácia aqui.) (*Por el Rey.*)

ALDARA. Bien haceis en estar celoso de don Alvar.

REY. ¿Os burlais?

ALDARA. No á fé; con motivo recelabais.

REY. ¿Sabeis señora, que no tendria piedad con él, ni con vos tampoco?

REINA. (Inquieto está; habla acaloradamente.) (*Observando al Rey.*)

D. ALVAR. (Algo trama: esa muger es capaz de todo.) (*Observando á Aldara.*)

ALDARA. Yo ni remotamente me figuraba... Pero es lo cierto que me ama en secreto y que hoy me ha declarado su amor.

REY. ¡Vive Cristo! (*En voz alta y dando un paso hácia donde está don Alvar sin poder contenerse.*)

REINA. ¡Oh! ¿qué teneis? (*Levántándose.*)

ALDARA. (Reportaos.)

REY. Nada, no es nada; continuad vuestro juego.

REINA. (Qué miradas lanza al capitan. ¿Estará ya celoso? (*Con alegria, y vuelve á sentarse.*)

D. ALVAR. (Procura perderme.)

REY. (Difícilmente me reprimo.)

ALDARA. Nada de escándalos, señor. Buscad un pretesto de enojo contra él, y enviadle otra vez á Italia.

REY. Ahora mismo. (*Dirígese hácia la mesa y observa el juego.*)

ALDARA. (Ella aquí, él en Italia, y aún no me parece que estarán bastante separados, ni yo vengada como deseo.)

REY. ¿Cómo es eso, don Alvar, á dar mate al Rey aspirais nada menos?

REINA. Aún creo que le tengo seguro.

REY. Por lo visto los soldados del Gran Capitan de manera ninguna quieren dejarse vencer. Y á propósito del Gran Capitan, ¡lástima es que tan hábil guerrero peque de avariento y ambicioso!

D. ALVAR. ¿Quién lo asegura?

REY. Sus famosas cuentas prueban que no le era posible darlas de los caudales que á Italia se le habian enviado.

D. ALVAR. Prueban que un soldado como él, no ha de dar cuentas á sus reyes con la pluma, sino con la espada.

REY. En cuanto á lo de que es ambicioso, claro lo demuestra su proyecto de hacerse rey en el territorio conquistado.

REINA. (Quiere promover una cuestion.)

D. ALVAR. (*Levántandose.*) Al Rey don Fernando de Castilla pertenecia ese territorio; mintió quien acusase de traidor á Gonzalo de Córdoba.

REY. ¡Vive Dios! ¿Que miento decís? (*Levántase la Reina.*)

D. ALVAR. No se dirigen á V. A. mis palabras.

REY. Hé aquí lo que se logra con fijar una mirada de benevolencia en estos audaces aventureros.

D. ALVAR. (¡Delante de ella!)

REY. Porque nos hemos dignado tenderle una mano protectora y honrarle con nuestra confianza, ya se atreve á desmentirnos, á insultarnos públicamente.

D. ALVAR. (¡Qué oprobio!)

REINA. (¡Pobre capitan!)

ALDARA. (Sufra como yo.)

D. ALVAR. Señor...

REY. Silencio. Tres dias os doy de término para que salgais de Burgos. Volveréis á Italia á pedir al Gran Capitan el precio de las buenas ausencias que os debe.

REINA. (Le aleja de mí.) (*Con gran satisfaccion.*)

D. ALVAR. Saldré de Burgos dentro de tres dias; sufriré mi destierro. No pediré á Gonzalo de Córdoba un salario por lo que en su pro he dicho á V. A., que harto, honrando á quien lo merece, se honra uno á sí propio. Aventurero me habeis llamado: razon teneis. Acuchilladas estan escritas en todo mi cuerpo mis aventuras por mano de moros y franceses. Vuestros beneficios me habeis echado en cara; yo sin embargo los agradezco, y para pagarlos dignamente juzgo poco mi vida. Colme Dios la vuestra de felicidades, señor. Adelánteos á vos, señora, en la tierra, alguna de las que á su lado en el cielo os aguardan. (*Váse.*)

ALDARA. (Para mí ni un insulto, ni una mirada de desprecio.)

REINA. Os habeis escedido señor; permitidme que en vuestro nombre le perdone.

REY. Harto hice con perdonarle la vida.

REINA. Sois injusto, cruel. No toleraré que asi se le castigue.

REY. ¿Cometeriais la imprudencia de revocar mis órdenes?

REINA. Acceded á mis ruegos. Rogadle vos tambien, Beatriz.

REY. Todo seria en vano: sabeis cual es mi voluntad. (*Váse.*)

REINA. La cólera del Rey debe tener otro motivo. Con intencion ha ofendido á Gonzalo de Córdoba delante de don Alvar. ¿Qué pensais vos Beatriz?

ALDARA. Presumo que el Rey está celoso. (*Con pérfida intencion.*)

REINA. ¿Vos tambien lo habeis notado? Yo me lo temia.

ALDARA. (¡Cree ser la causa! ¿Qué prueba mayor?)

REINA. Menester es que le desengañe.

ALDARA. (¡Cómo se vende! Bien hice: que parta.) (*Váse.*)

ESCENA VIII.

La REINA y doña ELVIRA; á poco HERNAN, y despues un page.

REINA. Ven Elvira, ven y abraza á tu Reina. Mírame. ¿No te parezco otra? ¿No te anuncian mis ojos, mi voz, que mi esposo me ama? ¿Qué te decia yo? Ha desterrado al capitan para alejarle de mí. ¡Pobre capitan! Será preciso indemnizarle de esta mala ventura. Dios eterno, y yo te pedí algunas veces la muerte. ¡Como desconfié tan pronto de tu justicia! Sí, Elvira, sí: está furioso; tiene celos, celos que yo le inspiro. ¡Ves qué felicidad tan grande!

DOÑA ELV. ¿Luego nada hay ya que temer?

REINA. Nada.

DOÑA ELV. Pues venia á anunciaros el regreso de Hernan: aquí llega.

REINA. Inútilmente ha viajado.

DOÑA ELV. Le diré que se retire.

HERNAN. ¿V. A. me da su vénia?

REINA. Sí, acércate. ¿Vuelves ahora del meson á donde te envié? ¿Y qué, allí habrás visto á la muger cuyo paradero debias indagar? Bien, nada mas quiero saber. Recompensaré tus servicios. Vete, déjanos.

HERNAN. La muger que allí pasaba por sobrina del mesonero, y que segun éste afirma, debia de ser alguna dama principal, no está ya en el meson como V. A. supone.

REINA. ¿Que era dama principal? ¿Que no está ya en aquel sitio? ¿Pues dónde? Tú lo habrás averiguado.

HERNAN. Gracias al oro que V. A. me dió, sé que en una litera fue conducida á Burgos.

REINA. ¿Aquí está? (*Interrumpiéndole.*)

HERNAN. Vínose tan luego como recibió una carta en respuesta

á otra suya que un mensagero habia traido á esta ciudad con encargo de hacer que secretamente llegase á manos del Rey.

REINA. ¡Ha escrito al Rey! ¿Oyes Elvira?

DOÑA ELV. Quien sabe con qué objeto.

REINA. Imposible que yo goce un dia entero de tranquilidad. (*A doña Elvira llevándosela aparte.*) Aldara en Burgos... Una carta suya para el Rey... ¿Conservará aún Felipe esa carta? El es muy aficionado á conservar estas cosas. No hay mueble en su cuarto que yo no conozca y pueda abrir. A estar el dichoso papel en alguno de ellos...

PAGE. (*Presentándose en la puerta del foro.*) El Almirante y varios señores que le acompañan, piden audiencia.

REINA. Ahora no: que vengan despues; dentro de un rato. (*Váse el page.*) En probar ¿qué pierdo? (*Dirigiendose al cuarto del Rey.*)

DOÑA ELV. ¿Qué vais á hacer señora?

REINA. ¿Quieres que no haga nada, que asi me esté? Y quién sabe... muchas veces engañan las apariencias. Verás cómo no encuentro carta ninguna. ¡Si la hallase!... ¡Si la hallase!... (*Entrase en el cuarto de don Felipe.*)

ESCENA IX.

DOÑA ELVIRA y HERNAN.

DOÑA ELV. ¿Estás seguro de todo lo que á la Reina has contado?

HERNAN. Dije lo que á mí me dijeron. ¡Pobre señora! Bien comprendo por qué tenia tanto empeño en averiguar el paradero de esa dama.

DOÑA ELV. Calla si lo comprendes.

HERNAN. No temais, no cometeré ninguna imprudencia.

DOÑA ELV. Orígen puede ser la mas leve de grandes males.

HERNAN. Conocida os es mi lealtad, doña Elvira.

DOÑA ELV. Sé que eres adicto á la Reina.

HERNAN. Por deber y por inclinacion, que es mi señora un ángel del cielo. En palacio vuelve á asegurarse que ha perdido el juicio.

DOÑA ELV. Silencio: si te oyera, ese golpe la mataria.

HERNAN. Mejor fuera hacerle conocer de una vez al señor Rey don Felipe.

DOÑA ELV. Retírate.

HERNAN. ¡Cómo viene! (*Mirando hácia la puerta del cuarto del Rey.*)

DOÑA ELV. Retírate, Hernan. (*Váse Hernan por el foro.*)

ESCENA X.

La REINA y doña ELVIRA.

REINA. No me habia engañado; mira: la carta de esa muger. Derecha fui á donde estaba.

DOÑA ELV. ¿Será posible?

REINA. He querido leerla. Mis ojos se han clavado en ella, pero nada han visto.

DOÑA ELV. No la leais.

REINA. ¿Que no la lea? ¡Dios mio! Tú no has amado nunca; nunca has estado celosa; no tienes corazon. ¿Que no la lea? ¿Para qué la he buscado entonces? Mira, mira como te obedezco. (*Leyendo.*) «Señor: que yo seria dama de la Reina, en cuanto os lo pidiese, me fué por vos otorgado. Quién, buscándome solícito, descendió del palacio á la posada, súbame hoy de la posada al palacio. La dama del meson.» Y el Rey contestó,... y esa muger está aqui; en palacio, cerca de mi persona!... ¡Oh! no lo creo... No lo quiero creer.

DOÑA ELV. Sosegaos, señora.

REINA. Parece que no sabes decir mas que eso. ¿No oyes que está aquí? Entre ellos me interpuse un dia, y él en venganza me la trae á mi propia casa. Por fuerza ese hombre ha olvidado que yo aqui soy la reina; que ni él mismo está libre de mi furor. ¡Y supuse que me amaba; que tenia celos de mí! ¿Hay simpleza como la de una muger enamorada? ¡Qué bien se habrán reido á mi costa! De ambos debo tomar venganza. ¿Por cuál empezaré...? una venganza que no desmerezca del agravio. Corre; llama al Rey... No: escucha... (*Deteniéndola.*) Antes conviene... Vamos; vamos... si no me tranquilizo no haremos cosa de provecho. Mal-

dito corazon, que jamas ha de obedecerme... Si; ya estoy tranquila... Conviene... ¿Qué te decia yo?...

DOÑA ELV. (Acabarán con su razon y con su vida.)

REINA. Conviene... ¡Ah! (*Como recordando.*) Conviene averiguar cuál de mis damas es la querida del Rey. Casi todas aqui en Burgos han entrado á servirme... Esta carta me pone en camino de dar con ella. Haciendo que todas escriban delante de mí... cotejando los escritos... Ya ves que aun puedo discurrir. Vé, y avísalas: que al punto vengan á esta cámara, al punto... Dime: (*Deteniéndola otra vez.*) lo que esa muger ha hecho es un crímen. Debe haber alguna ley que castigue estos delitos; debe haberla ¿No es verdad? Y si no la hay, yo la inventaré. ¿No soy la Reina? Para algo ha de servirle á una ser soberana de un reino compuesto de muchos y de un nuevo mundo además. Se han burlado de la muger virtuosa y amante. Por Cristo que se van á llevar chasco muy solemne cuando la vean convertirse en Reina vengativa. ¿Qué me vas á decir? (*A doña Elvira, que hace ademan de ir á hablarle.*) ¿Otro desatino? Calla. No quiero oirte. Corre: trae á todas mis damas. ¡Ay de ti si cometes la menor imprudencia!... ¿Quién viene? ¿Qué hombres son esos? (*Viendo aparecer en el foro al Almirante y los grandes.*)

DOÑA ELV. Son los grandes que desean hablaros. (*Váse por la izquierda.*)

REINA. ¡Ah! Sí, ya me acuerdo. (*Cambiando repentinamente de tono.*) Adelante, señores, adelante, y seais bien venidos.

ESCENA XI.

La REINA, el ALMIRANTE, don JUAN MANUEL, el marqués de VILLENA, VERE, nobles 1.° y 2.° y otros; despues doña ELVIRA y damas de la Reina.

ALMIRAN. Veremos si está loca. (*A los que con él vienen, que se colocan en el lado derecho del escenario.*) Un penoso deber (*Acercándose á la Reina.*) nos conduce, señora, á vuestra presencia.

REINA. ¿Pues qué ocurre?

ALMIRAN. Grandes males amenazan á todo el reino; solo V. A. puede evitarlos.

REINA. Hablad: mi madre me legó por herencia el amor que tuvo á su pueblo.

ALMIRAN. ¿Oís? (*A los nobles con íntima satisfaccion.*) (*A la Reina.*) Intervenid, señora, en la gobernacion de vuestros estados, sino quereis presenciar su ruina. Vos sois la Reina propietaria.

REINA. ¿Verdad que sí? Yo soy la Reina, la única señora.

ALMIRAN. ¿Y á qué callarlo? El Rey abusa de la ternura que como fiel esposa le tributais.

REINA. Decís bien, Almirante, el Rey es el mas inícuo de todos los hombres.

ALMIRAN. Ne he dicho eso, señora. (*Sorprendido y titubeando.*)

REINA. Lo digo yo; es igual.

ALMIRAN. (¡Cielos!) (*Rumores de estrañeza. Sonrisas maliciosas de don Juan Manuel, del marqués de Villena y Vere.*)

REINA. (¡Cuándo acabarán de venir!)

ALMIRAN. Señora, los flamencos saquean y tiranizan á Castilla. El Rey exige el servicio otorgado en Valladolid; y el hambre en tanto hace estragos terribles en vuestro pueblo.

REINA. ¿Conque mi pueblo tiene hambre? ¿Y los flamencos se enriquecen? ¿Y el Rey... ¡Ah! por fin. (*Viendo entrar á Elvira seguida de sus damas. Quédanse estas en el lado izquierdo.*) ¿Vienen todas? (*A Elvira.*)

DOÑA ELV. Doña Beatriz estaba en su aposento; ya he mandado que la avisen.

REINA. (¿Cuál de estas será?) Señora de Javalquinto, escribid aquí cualquiera cosa. (*La dama, á quien se dirije la Reina, acércase á la mesa y escribe.*)

ALMIRAN. No me oye V. A., y de esta conferencia depende quizá la suerte futura del reino. (*Como queriendo fijar la atencion de la Reina en lo que él le dice.*)

REINA. Si os escucho: decíamos que los flamencos... podeis seguir.

ALMIRAN. Pues bien, señora...

REINA. No es esta. (*Acercándose de nuevo á la mesa y comparando furtivamente lo escrito por su dama con la carta de Aldara.*) Condesa, vos ahora. (*A otra que tambien se pone á escribir.*)

ALMIRAN. ¿Tanto os importa conocer la letra de estas damas?

REINA. ¿Que si me importa? Nada me importa tanto.

ALMIRAN. ¿Ni la salvacion de un reino?

REINA. Ni la salvacion de un reino. Tampoco. (*Repitiendo el juego anterior.*) Vos, Leonor. (*Otra dama escribe tambien.*)

MARQUÉS. (*Hablando con los nobles.*) Capricho mas estravagante.

D. J. MAN. ¿Os vais convenciendo? (*Al Almirante.*)

NOBLE 1.º No hay duda, señor Almirante: la Reina desvaria.

ALMIRAN. (*A la Reina con gran vehemencia.*) Señora, prestad atencion á mis palabras. Hay quien duda de vuestra aptitud para reinar y es preciso que hagais porque nadie lo dude.

REINA. Haré luego todo lo que querais. (*Repitiendo otra vez el mismo juego.*) Tampoco, tampoco. Escribid todas. (*Escriben algunas mas.*)

ALMIRAN. Ved, señora, que España entera está á punto de sublevarse.

REINA. Que se subleve: ya es hora de que nos teman los austriacos.

ALMIRAN. Y el Rey... el Rey es vuestro mayor enemigo: conspira contra vos. ¡Si supieseis!... (*Los partidarios del Rey dan señales de indignacion y enojo contra el Almirante, cuya audacia sorprende á todos igualmente.*)

REINA. Lo sé. (*Bajo al Almirante.*) ¿La conoceis, por ventura? ¿Cuál de estas es?

ALMIRAN. (¡Dios santo!) No comprendo lo que V. A. me dice.

REINA. Entonces yo estoy mejor enterada. Y vosotras, ¿por qué no escribis? (*Volviendo á ver la letra de las damas, á quienes últimamente se dirigió, y reparando en algunas que no han escrito.*)

DAMA 1.ª Porque no sabemos.

REINA. (¿Será alguna de estas? ¿Habrá conocido mi intencion la culpable?) ¿Que no sabeis escribir?.. Falso.

Señores, ¿no es cierto que estas damas saben escribir?

DAMA 1.ª La verdad dijimos á V. A.

REINA. (Entonces no hay remedio; alguna ha fingido la letra.) Leonor, venid acá. Miradme cara á cara. (*Trayendo al proscenio á una de sus damas, y mirándola con fijeza, poniéndole una mano en la frente.*)

D. J. MAN. ¿Mas loca la quereis?

REINA. (Esta no se turba.) Condesa, (*Dirigiéndose á otra.*) ¿qué noticias teneis del meson?

DAMA 2.ª ¿De qué meson, señora?

REINA. (¿Y no he de dar con ella?) ¿Ninguno de vosotros (*A los nobles bajo.*) sabe si alguna de estas damas ha vivido en un meson hace poco? (*Todos contestan con una señal negativa. La Reina se aleja llena de despecho.*)

ALMIRAN. Caballeros, respetad su desgracia. (*A algunos que se rien.*)

REINA. ¡Oh, todos sois traidores, y vosotras todas me engañais! Salid; sal Elvira. (*A doña Elvira que se le acerca.*)

D. J. MAN. (*Al Almirante.*) ¿Dudais aún?

ALMIRAN. (¿Qué significa esto?)

NOBLES. ¡Está loca, está loca! (*Vánse todos, escepto la Reina.*)

REINA. D. Alvar la conoce. ¡Hola! Yo sabré obligarle á que me diga la verdad. Al capitan don Alvar (*A un page que sale.*) que aquí le espero. Si ya no estuviese en palacio, corred en su busca. (*Váse el page.*)

ESCENA XII.

La REINA: á poco don ALVAR; ALDARA luego.

REINA. Beatriz es la única que no ha escrito. Va á venir; escribirá tambien. ¿Será ella? ¡Tenerla aquí entre mis manos, y no saber cuál es! En Flandes me dí por satisfecha, cortando á mi rival los rizos encantadores que tanto habian prendado á mi esposo. Más necesitaria hoy para satisfacerme. ¡Oh!.. Malditas

grandezas humanas. ¿Por qué no nací pobre y humilde? Ni el mas oscuro jornalero me hubiera ultrajado de esta suerte: solo un Rey es capaz de poner á su esposa y á su manceba debajo de un mismo techo. ¡Dios mio! Si este es el premio de la virtud en la tierra, grande debe de ser en el cielo tu misericordia con los malos.

D. ALVAR. ¿Me habeis mandado llamar?

REINA. Sí, para deciros que sois un infame.

D. ALVAR. ¡Señora!..

REINA. La dama del meson está aquí, en palacio. Vos, como todos, me engañábais. No abrais la boca para mentir de nuevo: mirad esta carta.

D. ALVAR. (¡Su letra es!)

REINA. ¿Por qué no me habeis dicho la verdad?

D. ALVAR. Disponed de mi vida. La muerte ambiciono.

REINA. En vuestra vida pienso yo ahora. ¿Qué me importa á mí vuestra vida? Todo lo habeis remediado ya con ofrecerme vuestra vida.

D. ALVAR. ¿Sabe esa muger que está descubierta?

REINA. Aún lo ignora; va á saberlo al instante.

D. ALVAR. Yo la veré, yo la obligaré á partir.

REINA. ¿Partir? ¿He dispuesto yo que parta, por ventura?

D. ALVAR. Desistid, señora, de todo propósito que hayais formado; no veais á esa muger; confiadme el encargo de hacerla abandonar este sitio.

REINA. (Y no la descubre.)

D. ALVAR. Por la memoria de vuestra madre, por la vida de vuestros hijos, os lo ruego. (*Cayendo á sus plantas.*)

REINA. (Y no la descubre.)

D. ALVAR. ¿Qué resolveis?

REINA. Vengarme, capitan, vengarme.

ALDARA. ¡A sus pies! (*Presentándose por el foro izquierda.*)

D. ALVAR. ¡Oh, qué fatalidad! (*Viéndola, y levantándose.*)

REINA. ¡Cómo! (*Volviendo el rostro, y viendo tambien á Aldara.*)

D. ALVAR. Por piedad, señora, no os rebajeis hasta ella.

REINA. ¿Con que era esa, era esa?

D. ALVAR. ¿Lo ignorábais?

REINA. Vos me lo habeis dicho.

D. ALVAR. ¡Maldicion!

REINA. Dejadme.

D. ALVAR. Evitad un escándalo.

REINA. ¡Fuego de Dios! Salid.

D. ALVAR. No me alejaré. (*Váse por el foro.*)

ESCENA XIII.

La REINA y ALDARA.

REINA. ¿Es vuestra esta carta? (*Corriendo hácia Aldara, y mostrándole el papel.*)

ALDARA. (Me ha vendido.)

REINA. Contestad.

ALDARA. Mia es.

REINA. ¿Vuestrá? Franca sois á lo menos. Pero qué, ¿aún no estais pidiéndome perdon? ¿Aún no estais de rodillas delante de vuestra Reina? De rodillas, miserable. (*Asiendo de un brazo á Aldara, y queriendo obligarla á arrodillarse.*)

ALDARA. No todo el mundo se ha de prosternar hoy ante vos. (*Resistiéndose.*)

REINA. ¿Estoy soñando? ¿Qué dice esta muger? Si creo que me desafia.

ALDARA. Hija de reyes sois: yo tambien.

REINA. ¿Tú?

ALDARA. Me aborreceis, porque vuestro esposo me ama: os aborrezco, porque amais al que amo; porque adorais en Jesus y yo en el Profeta; porque sois hija de la Reina Isabel, y yo de Muley Audalla el Rey Zagal: yo sí que os aborrezco.

REINA. ¿Que naciste infiel, enemiga de mi Dios? No cabe mayor ignominia en tí, ni mayor vileza en él, ni puede ser mas ofendida una Reina cristiana. Mal hiciste en abandonar la senda de la mentira y la astucia: asi eras mas fuerte que yo. Mal hizo la pantera del desierto en ponerse frente á frente de la leona de Castilla.

ALDARA. Leona de Castilla, la pantera del desierto te ha vencido esta vez.

REINA. ¿Pero no conoces que esos alardes hacen mas detes-

table el crímen, y harán mayor el castigo? Castigada estariais, si yo hubiese elegido manera de castigaros; pero nada de cuanto imagino me satisface. ¡Oh, qué felices son los hombres! Cuando uno se cree ofendido, cuando tiene un rival, corre en su busca; y allí, donde le encuentra, allí sin mas tardanza le ofende, allí le insulta, allí le arroja un guante á la cara. Y si hay gente que presencie el agravio, mil veces mejor. Y luego, cuerpo á cuerpo, con una buena espada le acomete, le hostiga, le estrecha, y pelea hasta morir ó matar. ¡Esto sí que es vengarse! Asi, asi, asi, no de otra manera quisiera yo vengarme de vos.

ALDARA. Y yo de vos.

REINA. ¿De veras? Pues aguarda, aguarda. (*Entrase en la habitacion del Rey aceleradamente.*)

ESCENA XIV.

ALDARA sola. Dos PAGES en seguida; á poco don ALVAR, despues la REINA. Luego el REY, el ALMIRANTE, MARLIANO, don JUAN MANUEL, el marqués de VILLENA; VERE; nobles, médicos, damas y pages.

ALDARA. ¡Hola, pages, hola! pronto, acudid. (*Asomándose á la puerta del foro.*)

PAGE. ¿Qué mandais? (*Apareciendo con otro.*)

ALDARA. La Reina en uno de los accesos de su demencia quiere matarme; está furiosa. Corred, avisad al Rey, llamad gente. (*Vánse los pages.*) Esta es la ocasion. ¿Quién luego podrá dudar de que ha perdido el juicio?

D. ALVAR. ¿Cuál es vuestro intento? (*Saliendo por el foro derecha, y asiendo á Aldara violentamente de una mano.*)

ALDARA. ¿Acechando estabais?

D. ALVAR. Para defenderla contra vos.

ALDARA. ¿Y si hubieseis llegado tarde?

D. ALVAR. Ved que no respondo de mí.

ALDARA. Cuenta con lo que decís á una dama, señor capitan español.

D. ALVAR. Desoisteis mis súplicas.

ALDARA. Y desprecio vuestras amenazas.

REINA. Toma. (*Arroja al suelo una de dos espadas que trae y quédase con la otra en la mano.*)

D. ALVAR. Reprimid vuestra furia. El Rey va á venir.

REINA. Me alegro: le veré temblar por su amada.

D. ALVAR. Esta cámara va á llenarse de gente.

REINA. Mejor; mi venganza tendrá testigos.

D. ALVAR. ¡Oh desdichada! Al veros, al oiros, se afirmarán mas y mas en la idea de que... ¡Fuerza es decíroslo todo! Se trama contra vos un inícuo atentado. El Rey quiere arrojaros del trono, quiere encerraros para siempre en una cárcel.

REINA. ¿A mí; á su Reina; á su esposa? ¡A la madre de sus hijos!... (*Prorumpiendo en copioso llanto.*)

D. ALVAR. ¡Y bajo que pretesto! No hay mayor infamia, no hay crueldad mas inaudita. Apoyado por la nobleza, por vuestros mismos médicos, por cuantos os rodean, afirma...

REINA. Acabad.

D. ALVAR. Afirma que habeis perdido la razon, que estais loca.

REINA. ¡Jesus! ¡Loca! (*Dando un grito terrible y dejando caer el acero.*)

REY. Sí; loca estais, desdichada. (*Apareciendo por el foro, con el acompañamiento arriba indicado. Acércase rápidamente á su esposa, comprendiendo lo que sucede; y como para contenerla, le dice tales palabras con reconcentrado furor. Pausa.*)

REINA. ¡Loca!... ¡Loca!... ¿Si fuera verdad? ¿Y por qué no? Los médicos lo aseguran, cuantos me rodean lo creen... Entonces todo seria obra de mi locura, y no de la perfidia de un esposo adorado. Eso... eso debe de ser. Felipe me ama; nunca estuve yo en un meson; yo no he visto carta ninguna; esa muger no se llama Aldara, sino Beatriz; es deuda de don Juan Manuel, no hija de un Rey moro de Granada. ¿Cómo he podido creer tales disparates? Todo, todo efecto de mi delirio. Dímelo tú, Marliano; (*Dirigiéndose á cada uno de los personages que nombra.*) decídmelo vosotros, señores; vos, señora; vos, capitan; tú, esposo mio: ¿no es cierto que estoy loca? Cierto es; nadie lo duda. ¡Que felicidad, Dios mio! ¡Creí que era desgraciada, y no era eso: ¡era que estaba loca!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon de palacio; en el foro un trono.

ESCENA PRIMERA.

El REY sentado, don JUAN MANUEL; á poco MARLIANO.

REY. ¿Hicisteis lo que os ordené?

D. J. MAN. Guardadas están ya las puertas del aposento de doña Juana.

REY. ¿Y Aldara qué respuesta os ha dado?

D. J. MAN. Hasta que la Reina haya partido no saldrá de su cámara.

REY. ¡Qué mal me siento! ¡Qué dolor tan insoportable en la frente! El sobresalto que ayer esperimenté cuando Aldara fue descubierta por la Reina, y los contínuos afanes que desde aquel momento han trabajado mi espíritu, sin duda son causa de esta molesta indisposicion que á tan mala hora me acomete. ¡Ver uno por uno á cuantos me negaban su asentimiento; soportar repulsas y altanerias; luego el consejo que ha durado toda la noche!... ¡Qué larga mortificacion! ¡Con tal que no salgan fallidas nuestras esperanzas!

D. J. MAN. No lo temais: la Reina partirá hoy mismo al sitio en que haya de ser recluida, y todos ó casi todos los grandes reconocerán á V. A. por único señor de estos reinos.

REY. ¡Cuánto os debo, don Juan Manuel! Nunca á Pacheco ni á vos podré premiaros dignamente.

D. J. MAN. Con mi deber cumplo al serviros.

REY. Tambien tendré que castigar. El Almirante agotó mi paciencia. (*A Marliano que sale por la izquierda.*) ¿Qué ha decidido doña Juana?

MARLIANO. Se niega á partir.

REY. No me equivoqué al suponer que vuestros esfuerzos serian inútiles.

MARLIANO. Y vos, señor, ¿que habeis decidido?

REY. Hacerla partir de grado ó por fuerza.

MARLIANO. Mi opinion os manifesté varias veces; permítaseme publicarla.

REY. ¡Marliano!

D. J. MAN. A fé, que el celo que mostrais por una Reina castellana, siendo vos estrangero, pareceria sospechoso á cualquiera otro que como S. A. no os conociese.

MARLIRNO. El lenguage del dolor hace del mundo una sola familia. Con doble razon tenemos los médicos patria tan dilatada: todo el que padece es compatriota mio.

REY. Os aconsejo, Marliano, por vuestro bien, que no cometais una imprudencia. Se acerca la hora: id á buscar á vuestros amigos. (*A don Juan Manuel.*) (Arrojaré al fin á esa muger de mi tálamo y de mi trono.) (*Váse el Rey por la derecha y don Juan Manuel por el foro.*)

ESCENA II.

MARLIANO, despues don ALVAR; y á poco el ALMIRANTE.

MARLIANO. Conserve yo mi virtud, aunque pierda la vida.

D. ALVAR. (*Saliendo por el foro izquierda.*) ¿Lográsteis penetrar en la estancia de la Reina?

ALMIRAN. (*Saliendo por el foro derecha.*) ¿Qué hay, Marliano?

MARLIANO. Dije al Rey que trataria de reducir á doña Juana á que partiese de propia voluntad, y asi logré que se me permitiera la entrada en el aposento que le sirve de cárcel. No bien supo lo que el Rey trama contra ella, anegóse en llanto, y vencida su fortaleza quiso partir.

ALMIRAN. ¡Partir!

D. ALVAR. Y vos ¿qué hicisteis?

MARLIANO. Recordéle sus deberes de Reina, los males que sufren sus vasallos fidelísimos bajo el yugo de los flamencos, las torpes miras con que don Juan Manuel, el marqués de Villena y el señor de Vere fomentan

los desmanes de don Felipe; invoqué el nombre de su madre; llegué hasta el punto de exacerbar sus celos. Poco á poco fuéronse animando sus ojos, coloróse su rostro, y con la cólera y la indignacion de la muger y de la Reina ofendidas, juró al fin á todo trance permanecer en Burgos.

ALMIRAN. No me prometia yo tanto.

D. ALVAR. ¿Y el pueblo, Almirante?

ALMIRAN. Gracias á la actividad de sagaces criados mios, nadie ignora ya en la ciudad, que hoy debe abandonarla doña Juana por mandato de don Felipe; y que este va á ser declarado único dueño de la corona. Suspéndese todo que hacer, el amigo busca al amigo, en calles y plazas hay cuadrillas animadas por unánime sentimiento; «mueran los flamencos y viva la Reina» es el grito que han dado ya los corazones, y que del corazon pugna por subir á los labios.

D. ALVAR. ¡Loado sea Dios!

MARLIANO. Viendo está la pureza de nuestros pechos.

ALMIRAN. ¿Y la guardia de palacio?

D. ALVAR. Los soldados españoles adoran á su Reina; los flamencos han recibido el oro que al propósito me dísteis.

ALMIRAN. El cielo ampara nuestra causa.

MARLIANO. Cuando se conspira para el mal, fuerza es conspirar para el bien.

ALMIRAN. Noble hazaña es, sin duda, salvar á una Reina del oprobio, y á un pueblo de la tiranía. Gloria la nuestra si lo alcanzamos, tanto mayor que la de los combates, cuanto es mayor la gloria del que salva, que la gloria del que aniquila. Por Cristo, señores, que ya era tiempo de hacer conocer al buen Archiduque de Austria la tierra que pisa, y de recordar á sus malvados lisonjeros en que suelo han nacido.

ESCENA III.

Dichos, el marqués de VILLENA, don JUAN MANUEL, VERE y nobles que acuden por ambos lados.

VERE. Don Felipe será modelo perfecto de monarcas.

D. J. MAN. Puede decirse que hoy empezará su reinado; hoy que la Reina loca dejará de ser óbice á sus planes maravillosos.

MARQUÉS. Era inhumanidad tener aquí á esa desdichada.

D. J. MAN. Salud, Almirante.

MARQUÉS. Cuánto me duele vuestra ciega obstinacion. Teneis al Rey muy enojado.

D. J. MAN. Pero, ¿qué plausible motivo os obliga á rechazar una vez y otra el toison de que S. A. quiere haceros merced?

ALMIRAN. Gracia inmerecida es salario, no prémio; y no quisiera que al ver tal insignia sobre mí pecho, digese alguno: he ahí, no la recompensa de su virtud, sino el precio de su infamia; he ahí, no lo que ha ganado, si no por cuánto se ha vendido.

MARQUÉS. ¿Tratais por ventura de ofendernos?

VERE. Pudiera suceder que el Rey no gustase de veros en palacio.

MARQUÉS. Dejadle: bien me sé yo por qué sirve tan fielmente á una Reina loca. El Almirante por su sangre y por su juicio tiene con ella parentesco.

ALMIRAN. Cierto es que sirvo fielmente á una Reina; vosotros servís á un amo: díganlo si no esos collares que os ha puesto en el cuello. (*Por el toison que llevan don Juan Manuel, el marqués de Villena, Vere y otros nobles.*)

D. J. MAN. ¡Almirante!

MARQUÉS. ¡Por vida mia!

D. ALVAR. Señores el Rey.

ESCENA IV.

DICHOS, el REY con manto, el CAPITAN de la guarda de palacio, otros nobles, prelados, médicos, pages y soldados que se sitúan á una y otra parte del trono.

REY. Sabeis, señores, el triste objeto que aquí nos reune. La demencia de doña Juana ha llegado al estremo. Para siempre quizá apagada la luz de su razon, es ya indispensable tomar la resolucion que los médicos proponen con el fin de evitar una mas lamentable des-

gracia. Solo reducida á estrecha clausura y constantemente vigilada con el mas esquisito celo, podrán dilatarse los dias de la que fue vuestra Reina y mi esposa, hoy espuesta ademas á ser víctima de su propia locura. ¿Estais prontos, señores, á hacer pública la demencia de doña Juana, á reconocerme por legítimo y único señor de la monarquía, á prestarme todo el auxilio que necesite, en el caso deplorable de que mis enemigos fomentasen alguna alteracion en el reino?

D. J. MAN. Todos haremos lo que V. A. desea para el bien comun de la patria. Todos, ¿no es cierto, señores?

NOBLES. Todos.

ALMIRAN. No todos. Hay quien asegura que la Reina solo padece efímeros arrebatos, hijos, no de una dolencia corporal, sino de aflicciones del espíritu.

REY. Nadie ayer dudaba de lo contrario.

ALMIRAN. Ayer muchos y yo el primero, creimos ver indicios de una enagenacion mental en las acciones de doña Juana. Despues se ha descubierto la verdadera causa de tales acciones. Espero que V. A. no me obligará á publicarla.

REY. Yo sí que no os comprendo á vos, Almirante. ¿Quién ha podido esplicar naturalmente el proceder de la Reina?

D. ALVAR. Yo, señor.

REY. (¡Don Alvar! Desobedeció mis órdenes. Por celos conspira contra mí.)

ALMIRAN. Recuerde V. A. que las ciudades en las córtes de Valladolid, negaron su asentimiento á lo que hoy arbitrariamente se trata de llevar á cabo; tened presente que para defender á la Reina, se han confederado en Andalucia los condes de Ureña y de Cabra, el marqués de Priego y el duque de Medina-Sidonia; ved que el pueblo en que estais es un pueblo de valientes y de leales.

REY. ¡Amenaza á su Rey!

D. J. MAN. ¡Es un crímen!

VARIOS. Sí, sí.

ALMIRAN. Vuestras voces no me intimidan.

MARLIANO. Yo juro por el nombre de Dios que doña Juana conserva entero su juicio.

REY. Estos son traidores, vendidos al Rey don Fernando.

ALMIRAN. Solo el Rey don Fernando, segun el testamento de la Reina doña Isabel, tendria derecho á sentarse en el trono, si la locura de su hija doña Juana fuese cierta.

REY. ¿Oís, señores? Bien hice en contar con vuestro apoyo.

MARQUÉS. Subid al trono, señor: solemnemente os haremos pleito homenaje, y os prestaremos el juramento que tengais á bien exigirnos. Vuestra es la corona; ceñidla. (*El Rey se pone la corona y empuña el cetro.*)

D. J. MAN. Vuestro es el trono; ocupadle.

ALMIRAN. Oid antes, señor. (*Colocándose delante del Rey.*)

REY. Atrás, rebelde.

MARQUÉS. ¡Detener al monarca! (*Rumores entre los cortesanos.*)

D. ALVAR. (¡Villanos!)

REY. ¡Plaza al Rey!

ESCENA V.

Dichos. La REINA con manto, corona y cetro.

REINA. ¡Plaza á la Reina! (*Subiendo al trono antes que don Felipe.*)

REY. ¡La Reina! (*Prolongados rumores; sorpresa general.*)

MARQUÉS. ¡Doña Juana!

D. ALVAR. (Esto es mas de lo que esperábamos.) (*Pausa.*)

REINA. ¿Qué os turba y sorprende? No contábais con mi presencia: pues mal lo imaginásteis. Cerradas estaban las puertas de mi aposento; mas diz que para todo hay remedio en el mundo, si no es para la muerte. Que las cerrasen mandó el Rey; la Reina mandó que las abriesen de par en par: cerrólas la perfidia flamenca; abriólas la lealtad castellana, y aquí me teneis.

D. J. MAN. Fuerza es obrar con energía. (*Bajo al Rey.*)

REY. Dignaos de volver á vuestra estancia, señora.

REINA. No hay para qué. Sé de qué graves cuestiones estabais tratando. Trátase de encerrarme en alguna buena fortaleza por todo el resto de mi vida; trátase de hacer propiedad de don Felipe de Austria, la corona que á mí sola me pertenece. Acuerdo es este de todo punto necesario: tal lo juzgo yo propia, y vengo por lo tanto á endulzar como debo, la pena que á no dudar oprime el tierno corazon de mi muy amado esposo; á pagar como es justo, el noble celo que en pro del público bien habeis casi todos vosotros manifestado; á decir en seguida un adios eterno al trono de mis padres. Y noticiosa de que ya ibais cobrando ojeriza á mi pobre vestido negro, para contentaros, y siquiera una vez pareceros Reina, me he echado encima, como veis, mis galas mas deslumbradoras. (*Desciende del trono, y dirígese á don Juan Manuel apostrofando á este y á los otros grandes con delicada ironia.*) Guárdeos el cielo, don Juan Manuel, señor de Belmonte de Campos y de Cevico de la Torre, embajador de Roma, maestresala de mi madre doña Isabel, primer caballero español del toison de oro de la casa de Borgoña, y presidente de mi Consejo. Gloria mayor la vuestra en este momento, que la de aquel otro don Juan Manuel, cuya docta pluma hizo su nombre tan famoso, y cuyo invicto acero rindió y desbarató al fuerte Ozmin, general de la casa de Granada, cerca del rio Guadalferze. Hé aquí, señores, á un descendiente del infante don Manuel que fué hijo del Rey S. Fernando, y nieto de los emperadores de Constantinopla, convertido hoy en agente de los escesos de un Archiduque de Austria.

D. J. MAN. ¡Señora!

REINA. ¡Oh, que tambien está por aquí el noble marqués de Villena, duque de Escalona! Cuentan que vuestro ascendiente, el caballero portugués Diego Lopez Pacheco, fue por ansia de medro uno de los asesinos de doña Inés de Castro; que vuestro noble padre dió veneno al príncipe don Alfonso, de quien era partidario decidido, para volver á la gracia de su legítimo

señor, mi tio don Enrique, al cual despues no sabiendo ya qué quitar, quitóle el entierro que el buen monarca para sí destinaba en el Parral de Segovia; que vos hicísteis matar á vuestra primera muger, la condesa de Santistevan, nieta del condestable don Alvaro de Luna; que ahora desposeido por la voluntad de mis padres, de Trujillo, Chinchilla, Albacete, San Clemente, Rota y demas pueblos del marquesado de Villena, de la ciudad de Alcaráz y de la tenencia de Madrid, quereis recobrarlos á toda costa, pronto, por conseguirlo, á matarme á mí y á diez mugeres mas. ¡A ser esto cierto, señor marqués de Villena, gloriosa raza la vuestra, por vida mia!

MARQUÉS. (¡Vive Dios!)

REINA. Loor á todos vosotros, señores. Natural es que asi ayudeis al ultraje de vuestra Reina y á la ignominia de vuestra patria, cuál por un aumento de territorio, cuál por una dignidad que ha tiempo codiciaba, cuál por un toison de oro para deslumbrar á sus inferiores, cuál por diez oficios públicos para diez de sus allegados. No hay por qué á nadie maraville semejante conducta: constantemente fue vuestro anhelo empobrecer al pechero y al monarca; siempre del trono y del pueblo fuisteis enemigos naturales.

NOBLE 1.º Señora...

MARQUÉS. Nos insultais.

D. J. MAN. Insultais á la grandeza de Castilla.

REINA. Bueno fuera que os diéseis por ofendidos. ¿Sabe una loca lo que se dice? ¿No sabeis que estoy loca? (*A los médicos.*) Loor tambien á vosotros, leales y sapientísimos doctores; á vosotros que, de una ciencia salvadora haceis un arma de perdicion. Y no hay que enojarse, porque vosotros sí que sabeis que estoy loca, y no se me debe hacer caso. (*Con sarcasmo.*)

REY. Ved, señora, que yo por mas tiempo no puedo tolerar...

REINA. (*Interrumpiéndole.*) ¿Y qué podré deciros á vos para consuelo de vuestra pena? (*Apartándole de los demas, y en voz baja.*) Que harto bien pagada está la corona de Castilla con vuestros estados de Bor_

goña y de Flandes; que aún necesitas reposo y vigor en el espíritu, para terminar la obra que bajo tan buenos auspicios has comenzado: hacer tuyo el trono de la madre, ha sido empezarla; quitárselo al hijo legítimo para dárselo á un bastardo infame, será concluirla.

REY. ¡Doña Juana!

REINA. ¡Bah! Si ya sabes y acabas de oir, que estoy rematadamente loca.

REY. Señores, esto es ya demasiado, llegó el momento...

REINA. Sí, por Cristo; sonó la hora de que yo empezase á reinar. Demencia y crímen era en mí anteponer otro amor al amor de mi pueblo. Ya espié mi culpa: de hoy mas no lloraré torpes ingratitudes. Amar como todas las mugeres, es amar á un hombre; á semejanza de Dios debe amar una Reina, amando á un pueblo entero.

REY. (¡Me vence, me humilla!) (*Los Grandes se le acercan, como ofreciéndole amparo contra doña Juana.*)

REINA. Ni penseis vosotros romper de nuevo el freno de la ley, con que os sujetó la mano poderosa de la Católica Isabel. Temblad ante la hija, como temblábais ante la madre. Vuelvan al reino los bienes que le arrebató vuestra codicia; vuelva la fuerza que es suya, á la Corona; deponed del todo vuestros cetros usurpados. Ya vosotros no sois Castilla: Castilla es el pueblo; Castilla es el monarca.

REY. Señora, salid de aquí. No me obligueis á emplear la violencia.

REINA. ¿Quién se atreverá á tocarme?

ALMIRAN. Señor, vuestra obstinacion puede ocasionar terribles disturbios.

D. ALVAR. No hagais que la sangre española corra por mano española vertida.

REY. La rebelion estalla dentro de mi propio palacio.

MARQUÉS. ¡Viva el Rey!

NOBLES. ¡Viva!

REY. ¿Oís, señora, cómo la grandeza de Castilla aclama al Rey?

VOCES DE PUEBLO DENTRO. ¡Viva la Reina! ¡Viva la Reina!

REINA. Oye tú cómo el pueblo español aclama á su Reina.

REY. ¡Oh rabia!

ALMIRAN. España se ha salvado.

MARLIANO. La justicia prevalece.

D. ALVAR. ¡La Reina triunfa!

REINA. Parece que esos gritos no os suenan bien; pues yo quiero oirlos mas de cerca. (*Asómase al balcon.*)

VOCES DENTRO MAS CERCANAS. ¡Viva la Reina! ¡Viva la Reina!

REINA. (*Desde el balcon.*) Gracias, hijos mios; nada temais. No saldré de Búrgos. Fio en vuestra constancia.

VOCES DE PUEBLO. ¡Viva la Reina! ¡Mueran los flamencos!

REINA. ¿Qué quieres, Felipe? mi pueblo ha perdido el juicio, como yo. (*Volviendo al lado del Rey.*)

REY. Soldados, dispersad esa turba.

CAPITAN. Si la Reina lo manda.

REINA. Calla, ¿estos tambien? Con razon asegura el refran que un loco hace ciento. Ya lo veis, los locos abundamos en Burgos, que es una maravilla. Réstame advertiros que no es cordura jugar con ellos. Felipe, señores, adios quedad. La Reina loca os saluda. (*Hace una reverencia.*) (¡Oh, miserable corazon cómo te vencí!) (*Váse.*)

ESCENA VI.

Dichos, escepto la REINA.

REY. (¡Empeñar una lucha, una lucha, en que tal vez seria vencido! ¿En dónde descargar el rayo de mi cólera?)

ALMIRAN. Señor, dad oidos á la prudencia y á la piedad.

REY. ¡Silencio, Almirante! Por vida de mi padre, que habeis de llorar lo que hoy hicisteis.

ALMIRAN. El castigo de la virtud, que no el premio de la maldad, ambiciono. La hora del desengaño suena tambien en la vida de los Reyes; sonará en la vuestra, señor. Llorareis entonces haber acogido y acariciado la pérfida lisonja, que deslumbra los ojos y envenena el corazon de los príncipes, y la interesada adhesion que los empuja y precipita; llorareis haber despreciado y

oprimido la noble franqueza y la generosa abnegacion, que suelen salirles al paso para iluminarlos y contenerlos. Nunca me arrepentiré yo de haber amparado á una dama como caballero, y á una Reina como español. (*Saluda, y váse.*)

REY. Dejadme, señores; necesito estar solo.

D. J. MAN. (Vamos. Buen chasco nos ha dado la loca.)

MARQUÉS. (Empiezo á sospechar que tiene mas juicio del que fuera menester.)

REY. Quedaos vos, Marliano; tambien vos don Alvar. (Elegid dos soldados flamencos que os inspiren confianza absoluta, y traedlos aquí.) (*Bajo á Vere, el cual se va por el foro.*)

ESCENA VII.

El REY, don ALVAR y MARLIANO.

REY. Buen pago habeis dado á mis beneficios, señor Marliano.

MARLIANO. No se ha de pagar un beneficio con una mala accion. Obré segun conviene al interés de V. A., como hombre y como soberano.

REY. ¿Eso creeis? Quizá con dos años de meditacion en un encierro, mudareis de dictámen.

MARLIANO. En el cadalso creeria lo mismo. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

El REY y don ALVAR; despues VERE y dos soldados.

REY. Ayer os desterré, don Alvar; hoy no solo volveis á presentaros en palacio, sino que á él venis con el único objeto de hacerme guerra.

D. ALVAR. Tres dias me disteis de término para salir de Burgos. Vine á palacio, porque á él me llamaba mi obligacion de vasallo leal.

REY. Colígese fácilmente que á vos y á vuestro amigo el señor Almirante, debo el alboroto de la plebe y la traicion de la guarda. Por él y por vos sufrí humi-

llacion vergonzosa. Puedo asegurarse capitan, que mi venganza será terrible.

D. ALVAR. Saciadla enhorabuena, señor, en nosotros; pero doleos del infortunio de vuestra esposa. Reducida al último estremo, ha encontrado en su alma las fuerzas de la desesperacion, y ha podido luchar, no contra vos, sino por vos. ¿Qué le importa á ella su trono? Lo que le importa es veros, vivir á vuestro lado. Sus derechos de esposa son los que ha defendido, que no sus derechos de Reina.

REY. ¿Conque me aconsejais que ame á doña Juana? ¿Pensais que ignoro el motivo que os mueve á darme tales consejos, y os movió á promover disturbios en contra mia?

D. ALVAR. No hay mas motivo que el amor que tengo á mi Reina y á mi patria.

REY. Sé que habeis osado poner los ojos en donde yo los tenia puestos. Sé que entre mí y quien no es preciso que os nombre, habeis querido colocar á la Reina.

D. ALVAR. (¡Aldara inícua!)

REY. ¿Y que dudo? Vos fuisteís el que ayer descubrió á doña Juana mi secreto, induciéndola á que buscase pruebas. ¿El amor de vuestra Reina y de vuestra patria, decís? Vil hipócrita: bien heriste en medio del corazon al amante y al soberano; bien castigado será tu doble crímen: en tí saciaré todo el furor que abriga mi pecho.

D. ALVAR. Sin razon me ofendeis.

REY. Mirad, don Alvar: me siento gravemente enfermo; con trabajo me sostengo de pie. Sois leal y cuento con que os tendreis por dichoso con poder restituirme la salud. El bálsamo que necesito para recobrarla es toda vuestra sangre.

D. ALVAR. Tomadla, señor.

REY. No me quereis por Rey: aceptadme como tirano. Ni será cosa nueva en Castilla un monarca, que se complazca en hacer rodar por el suelo de su propio palacio la cabeza de un rebelde. Nombres de justiciero y de cruel dan al Rey don Pedro los castellanos: que á mi me apelliden como quieran. Creí que nunca ibais

á llegar. (*A Vere que sale seguido de dos soldados.*) Don Alvar rendid el acero.

D. ALVAR. Un soldado del Gran Capitan está acostumbrado á pelear contra muchos; pero ved, señor, que no nací rebelde. (*Entregando á los soldados la espada.*)

REY. (*A los soldados.*) Conducidle secretamente á una de las torres del alcázar; con la vida me respondeis de su persona. Capitan, (*A don Alvar.*) la muerte os espera.

D. ALVAR. La muerte y yo nos vimos muchas veces las caras: ya no me asusta; seguro ademas de que ella recibe al bueno en sus brazos cual amiga cariñosa. Así me recibirá á mí, señor; no os acogerá á vos de la misma manera.

REY. (Ni aun el consuelo de verle temblar.) Llevadle. (*Váse don Alvar con los dos soldados.*) Haced que ese hombre se disponga á bienmorir, y muera luego.

VERE. ¿Tal es vuestra determinacion, señor?

REY. Cuidad sobre todo de que esto se haga con el mayor sigilo. ¿Entendeis? Cargo os doy que en manera alguna os compete: mayor será mi agradecimiento.

VERE. Cumpliré vuestras órdenes. (*Váse en seguimiento de don Alvar.*)

ESCENA IX.

El REY, y en seguida ALDARA.

REY. Sí, justa es la pena que le impongo. ¿Será escesiva? ¿Debo siquiera retardar hasta mañana su muerte? ¡Oh, qué pronto vacila mi corazon siempre irresoluto y cobarde! Venid, Aldara; necesitaba veros.

ALDARA. El estado en que os encuentro no me maravilla. Sé que ya no parte la Reina; yo soy en tal caso quien debe partir sin tardanza.

REY. No me atormenteis mas; demasiado padezco.

ALDARA. De nadie os quejeis sino de vos mismo. ¿Qué habeis hecho á estas horas para contener la audacia de vuestros adversarios?

REY. Fundadas son tales reconvenciones. Cayó en mis ma-

nos uno de los rebeldes, y antes de oiros casi ya mi corazon á perdonarle se inclinaba.

ALDARA. ¿Que teneis en vuestras manos á uno de los que se oponen á que la Reina salga de Burgos y que ya os inclinabais á perdonarle? ¡Oh torpe flaqueza! Por siempre me separo de vos.

REY. Tened: mi alma al escucharos se reviste de energia.

ALDARA. Para conquistar un trono el interés de los menos facilita el camino, el miedo de los mas solamente puede allanarlo. Ya hicisteis sobradas mercedes; castigad ahora; castigad sin reparo ni compasion alguna.

REY. Castigaré, os lo prometo.

ALDARA. Y caiga á toda costa la Reina.

REY. Caerá.

ALDARA. Sí, por que el escarmiento que vais á hacer en uno de los rebeldes amedrentará á todos sus partidarios.

REY. ¿Y no sabeis? Ese hombre es doblemente culpable; es el que intentaba arrebatarme vuestro amor.

ALDARA. ¿Qué?... ¿qué decís?

REY. Vuestro amor qué es mi mayor ventura, el objeto de todos mis afanes, vuestro amor que es mi vida.

ALDARA. ¿Pero de quien hablais?

REY. ¿No lo dige? De mi infame competidor; de don Alvar.

ALDARA. ¡De Alvar!

REY. No temais, no revocaré su sentencia: Adios, Aldara, necesito reposo.

ALDARA. ¿Esa sentencia?... (*Siguiéndole.*)

REY. Pronto se ejecutará en una de las torres de este mismo alcázar.

ALDARA. ¿Está condenado?... (*Con voz ahogada por el espanto.*)

REY. A muerte. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA X.

ALDARA, y á poco la REINA.

ALDARA. ¡A muerte! ¡Morir él; morir por culpa mia!... No me equivoco; el Rey lo dijo: bien lo escuché... Corro á sus plantas. (*Dirigiéndose hácia el lado por donde*

ha salido el Rey.) ¡Miserable de mí! (*Deteniendose.*) El Rey está celoso; mis súplicas acelerarian su muerte. ¡O maldita venganza cómo de rechazo me has herido! ¿Pero qué hago yo aquí? Es preciso correr en su ayuda, buscar medios, salvarle. Sí, salvarle ó morir con él. ¡Alvar de mi vida! ¿Y á quién acudir; de quién valerme? ¡Ah! Compasion, señora. compasion! (*Corriendo hácia la Reina que sale por la izquierda.*)

REINA. Aquí vos: ¿y osais presentaros á mi vista?

ALDARA. No me abandoneis.

REINA. Apartad; busco á mi esposo.

ALDARA. ¡Piedad! ¡Perdon! (*Arrojándose á sus pies.*) Mucho os ofendí, pero ved que me arrepiento y me postro.

REINA. Esplicaos de una vez.

ALDARA. Creedme; creedme lo que voy á deciros. No amo al Rey, no, no le amo, no le amé jamás; otro mereció mi cariño: en Alvar ha tiempo lo puse.

REINA. ¿Qué pronuncias? ¿Que no amas al Rey? ¿Que nueva perfidia es esta?

ALDARA. ¿Por qué la engañé? Ahora no querrá creerme. Ved sin embargo; estas lágrimas de mis ojos, son verdad; estos latidos de mi pecho son verdad; pues así, así las palabras de mi boca. Os juro que no tengo por que avergonzarme en vuestra presencia. ¿Lo creeis, no es cierto? ¿Qué haria yo para que me creyese?

REINA. No te entiendo aun, esplícate mas, mas todavia.

ALDARA. Imaginé, perdonadme, imaginé que Alvar era amado de vos, que por vos perdia yo su cariño, y tuve celos.

REINA. Celos quise yo inspirar al Rey fingiendo amar á ese hombre. (*Acelerando con ingenuidad la esplicacion.*)

ALDARA. Y yo á vos en venganza, fingiendo amar á vuestro esposo.

REINA. ¿Conque tu no amas al Rey? (*Con la mayor efusion, y luego lo mismo Aldara.*)

ALDARA. ¿Conque vos nunca amásteis al capitan?

REINA. ¿Y has estado celosa? ¡Desdichada: cuánto has debido sufrir!

ALDARA. Sí; vos comprendeis lo que es tener celos: disculpadme entonces y salvad á un infeliz. ¿Qué, aun no os lo habia dicho? El Rey quiere matarle.

REINA. ¿Por qué?

ALDARA. Porque ha sido fiel á su legítima Reina, á su natural señora. ¿Consentireis que ese Rey usurpador, por este delito, mate á vuestros vasallos?

REINA. No los matará.

ALDARA. Alvar debe morir muy pronto.

REINA. ¿Cuándo?

ALDARA. Quizá en este momento, en una torre de este alcázar. ¿Y aún estais á mi lado? Pero entonces es que quereis dejarle morir Señora, por vuestro Dios, (*Como inspirada.*) os pido que le salveis; por vuestro Dios, que os manda ser clemente, que os manda perdonar; por vuestro Dios, en quien yo adoro desde este momento, porque es el Dios del perdon y de la clemencia.

REINA. Si en mi Dios crées y confias, mi hermana eres; si tal amor cabe en tu pecho por un hombre, mi hermana eres tambien. (*Aldara ahogada por los sollozos le besa repetidas veces las manos.*) No en vano recurriste á mi corazon de amante y de Reina; no en vano has invocado el santo nombre del Dios, que por la amargura de un solo momento, perdona las culpas de una vida entera. Mi corazon responde á los gritos del tuyo; Dios te ha oido, y te acoge piadoso. Cálmate, alienta, sonrie: la tiranía levanta su cuchillo sobre un inocente; no temas, la Reina salvará al súbdito leal, tu hermana salvará á tu amante. (*Váse.*)

ESCENA XI.

ALDARA, y á poco el REY; despues la REINA.

ALDARA. Yo le mataba; ella corre á salvar su vida: mi Dios me hacia esclava de incontrastable fatalidad; el suyo me permite convertirme al bien, y borrar mis culpas con las lágrimas del arrepentimiento. Bendita

seas, muger incomparable; bendito sea mil veces tu nombre, Redentor del mundo.

REY. Quise reposar un momento, imposible. Sentí mas crueles dolores; no pude reprimir mi impaciencia.

ALDARA. (¡El Rey!)

REY. ¿Aldara? (*Acercándose á ella.*)

ALDARA. Dejadme; apartaos de mí. (*Retirándose.*)

REY. ¿Qué significa esto?

ALDARA. Significa que yo he sido la mas vil de las mugeres, y vos el mas ingrato de todos los hombres; que hemos ofendido á un ángel; que el cielo me castigó, y empieza á castigaros.

REY. ¿Qué repentina piedad se apodera de vuestro pecho? No me hagais dudar ahora de vuestro cariño.

ALDARA. ¡Mi cariño! Horror me inspirais; horror me inspiro yo propia.

REY. ¡Que oigo!

ALDARA. Sabedlo: de otro es mi corazon.
Por vengarme fingí quereros.

REY. ¡Aldara!

ALDARA. Al aceptar mi espiacion, Dios me convierte en instrumento de su justicia: por mi mano venga con martirio igual, el martirio de una santa.

REY. ¿Qué es esto? ¿Estoy soñando? ¿Habla tu lengua, ó la fiebre que me devora?

ALDARA. Hablan mi conciencia y la tuya.

REY. ¿Y el hombre á quien amais, es sin duda, el que yo sentencié? ¡Cómo me he dejado engañar! ¿Y la noticia de su muerte es lo que asi os desespera? Morirá, pérfida, morirá.

ALDARA. No; la Reina ha ido á salvarle.

REY. ¡A salvarle! No habrá llegado á tiempo.

ALDARA. ¡Oh, callad!

REY. Y si nó, yo mismo...

ALDARA. No, no pasareis. (*Cerrándole el paso.*)

REY. Ved que en nada reparo.

ALDARA. Muera yo.

REY. El primero.

ALDARA. }
REY. } ¡Ah! (*Viendo aparecer á la Reina.*)

ALDARA. ¡Señora!.. (*Despues de una breve pausa, y como temerosa de indagar la suerte de don Alvar.*)

REY. ¡Hablad!

ALDARA. ¿Vive?

REY. Murió, ¿no es cierto?

REINA. No, que yo le salvé.

REY. Le seguirán. ¡Oh, me ahogo! (*Cayendo al suelo sin sentido.*)

REINA. ¡Cielos!

ALDARA. Todo lo sabe: estais vengada.

REINA. ¿Qué has hecho? ¡Socorro, socorro! (*Corriendo hácia el foro.*) ¡Felipe! (*Volviendo al lado del Rey.*) No oye, no respira. Llama tú tambien, desdichada. ¡Socorro! ¡Justo Dios! ¡Mi vida por la suya!

Aldara se dirige hácia el foro; la Reina cae de rodillas junto á don Felipe.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Cámara correspondiente á la habitacion del Rey. Supónese que conduce á su dormitorio una puerta que habrá á la derecha, cubierta con tapiz. Otra en el foro; otra á la izquierda en segundo término. Un reclinatorio en este mismo lado.

ESCENA PRIMERA.

La REINA; á poco el ALMIRANTE, y despues HERNAN.

La Reina aparece orando, arrodillada delante del reclinatorio; transcurridos algunos momentos, sale el Almirante por la puerta de la derecha.

REINA. ¿Qué hay? ¿Se ha puesto peor? (*Levantándose sobresaltada.*)

ALMIRAN. S. A. continúa en el mismo estado.

REINA. Os aseguro que ayer perdí las esperanzas; pero hoy todos hemos notado en él gran alivio: parece otro. ¿No es cierto, Almirante, que hoy empezó á animarle un rayo de vida?

ALMIRAN. Cierto es, señora.

REINA. Yo estaba aguardando á que me trajesen... (*Hernan sale por la puerta del foro con una salvilla, sobre la cual habrá una copa dorada.*) ¡Ah, gracias á Dios! Dáme. (*Tomando la salvilla.*) Afírmase que esta medicina tiene gran virtud; yo creo que ha de aliviarle mucho. Vé ahora, y haz lo que antes te dije. (*A Hernan que se va por el foro.*) Sí: esta medicina debe ser excelente. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha, por la cual desaparece.*)

ALMIRAN. ¡Cuánto sufre! ¡Cuánto nos hace sufrir á todos!

HERNAN. Entrad: allí le teneis. (*Apareciendo de nuevo en el foro con don Alvar. En seguida vuelve á marcharse.*)

ESCENA II.

El ALMIRANTE y don ALVAR.

ALMIRAN. ¡D. Alvar!

D. ALVAR. ¡Almirante!

ALMIRAN. ¡Con qué impaciencia aguardaba vuestro regreso!

D. ALVAR. Considerad cuál habrá sido la mia por volver á este sitio.

ALMIRAN. El Rey, para descargar su conciencia, quiere reconciliarse con vos antes de morir.

D. ALVAR. No bien recibí en el camino vuestro mensaje, torcí riendas, y sin detenerme en parte ninguna, he regresado á Burgos. Mas y mas, al entrar aquí, se aumentó la dolorosa impresion que traia en el alma. ¿Es posible que en tan breves dias se haya agravado la enfermedad del Rey, hasta el punto de poner en riesgo su existencia?

ALMIRAN. Ayer S. A. recibió los santos Sacramentos; y aun cuando esta mañana parece haberse disminuido la horrible postracion en que estaba, creo que sus ojos no verán la luz de un nuevo dia.

D. ALVAR. ¡Qué va á ser de la Reina!

ALMIRAN. Los mismos que antes contra ella conspiraban, rinden á su dolor tributo de piedad y respeto. Angel de la Guarda parece, fija á la cabecera del lecho de su esposo. Nadie mas que ella ha de acercar á sus lábios los benéficos jugos que los médicos le prescriben; ella, adivinando todos sus pensamientos, ha de ser quien únicamente le sirva; y por temor de que turben su reposo, el vuelo de un insecto la irrita, el mas leve ruido del aire la desespera. Solo abandona al Rey, cuando conoce que no va á poder reprimirse; y entonces ya permanece con la vista clavada en el suelo sin dar señales de vida, ya sin objeto determinado recorre velozmente una y otra cámara, como si cambiando de sitio, esperase encontrar consuelo; ya de pronto empieza á llamar á gritos en su ayuda, á Dios, la vírgen y los santos. Si alguna vez logra

mos á fuerza de súplicas que admita el preciso alimento, al punto salpicado de lágrimas lo rechaza. Y sobre todo, nos alarma y suspende el que ni un solo instante en tres dias consecutivos, se le haya visto cerrar los ojos. ¡Ay, don Alvar, no hubo jamás en pecho humano afliccion mas grande que la suya!

D. ALVAR. ¿Y temeis?...

ALMIRAN. Temo que el trono se quede completamente vacío.

D. ALVAR. Si ha de perder á su esposo, preferible es que doña Juana tambien se muera. Los ángeles, sus hermanos, se apresurarian á abrirle las puertas del cielo, y allí solo pueden encontrar los justos reposo y ventura.

ALMIRAN. La afliccion que en vuestro rostro se pinta no me sorprende, que yo, como vos, siento mi corazon oprimido.

D. ALVAR. Sin que me cause rubor, me aflijo por mi desdichada señora; tambien por mi Rey.

ALMIRAN. Sí, don Alvar; olvidemos hoy los errores del soberano, compadezcamos el infortunio del hombre, admiremos y bendigamos la contricion del moribundo.

D. ALVAR. ¡Y quiere el triste reconciliarse conmigo, conmigo, que fuí para con él tan culpable! ¿Por qué no me veo ahora entre el tumulto de una batalla?

ALMIRAN. No es de valerosos corazones dejarse abatir por golpe ninguno. Me dijisteis un dia que amábais en secreto; creo haber adivinado la causa de vuestra pena desmedida.

D. ALVAR. ¡Cómo! ¿Habeis adivinado?..

ALMIRAN. ¡Ni una palabra mas!

D. ALVAR. Ni una sola. ¿Y Aldara; qué fue de ella; debo execrarla? ¿Merece compasion, por ventura?

ALMIRAN. Purificará muy pronto su alma el agua del bautismo: hállase en un monasterio, donde con piadosos ejercicios y ásperas penitencias, procura hacerse acreedora á ceñir un dia el santo velo de las esposas de Jesus.

D. ALVAR. El la proteja.

ALMIRAN. Cumpliendo las órdenes de la Reina, envié á buscaros; yo por mas de un motivo deseaba que volviéseis.

Tranquilizad al Rey, consolad á la Reina; fuerza será que despues nos congreguemos todos los buenos castellanos, para consagrar nuestra atencion á otra desventurada, que no creo hayais puesto en olvido. La patria se verá muy en breve en horfandad deplorable, la patria, que es primero que todo.

D. ALVAR. ¿Tan seguro estais de que tambien perderemos á la Reina?

ALMIRAN. Seguro estoy de que si vive, no vivirá para Castilla. La corona necesita dueño; vuelva de Italia, y cíñala otra vez el Rey don Fernando.

ESCENA III.

Dichos, MARLIANO, el marqués de VILLENA, prelados, nobles y médicos; á poco don JUAN MANUEL, despues la REINA, luego HERNAN.

D. ALVAR. ¿Y S. A?

MARLIANO. Acaba de abandonar el lecho.

ALMIRAN. ¿Con vuestro permiso?

MARLIANO. No he querido oponerme á que cumpla su gusto.

ALMIRAN. Pero ¿sigue acaso en aumento su mejoría?

MARLIANO. Bien dije yo que ese repentino alivio su próximo fin anunciaba. (*Muévese el tapiz que cubre la puerta de la derecha.*)

D. ALVAR. ¿No hay esperanza ninguna?

MARLIANO. Agotados están todos los recursos de la ciencia; mátale una calentura pestilencial incurable.

ALMIRAN. ¿Y suponeis que dejará de existir hoy mismo?

MARLIANO. Dentro de algunas horas. (*Oyese un quejido detrás del tapiz.*)

D. ALVAR. ¿No ois?

ALMIRAN. ¿Qué?

D. ALVAR. Nada: el corazon me engañó sin duda.

D. J. MAN. Señores: (*Saliendo por la puerta del foro.*) ya es urgente refrenar la audacia de los flamencos. Que el Rey muere de veneno, andan divulgando por todas partes.

MARQUÉS. ¿Será posible?

ALMIRAN. ¡Qué iniquidad!

D. J. MAN. Unos achacan el crímen á los agentes del Rey don Fernando; otros dicen que la Reina es quien le ha envenenado en un arrebato de celos.

D. ALVAR. ¡Vive Cristo!

REINA. ¿Que yo he envenenado á mi esposo? (*Saliendo de detrás del tapiz.*) ¿Eso dicen? ¿Eso dicen? ¡Jesus! No se lo tome Dios en cuenta. (*Cúbrese el rostro y sollozа.*)

MARLIANO. Nos estaba escuchando.

D. ALVAR. ¡Infeliz!

MARLIANO. ¡Señora! (*Acercándose á ella con cariñosa solicitud.*)

ALMIRAN. No se aflija así V. A.

REINA. Con que... (*Contiene los sollozos y hace, como para hablar, inútiles esfuerzos.*)

MARLIANO. Hablad.

ALMIRAN. Hablad, señora.

REINA. ¿Con que no hay remedio?

MARLIANO. ¡Qué no puede remediar la misericordia de Dios!

ALMIRAN. Confiad en él.

REINA. ¿Y por qué no en vosotros? Llegaos acá. (*A los médicos que se acercan á ella.*) Meditemos: el Rey es jóven, solo tiene veintiocho años; debe haber medio de curar una dolencia cualquiera en un cuerpo jóven y vigoroso. Recordad bien: nada tiene de estraño que hayais olvidado precisamente el remedio que nos hace falta; sin duda existe algun bálsamo, alguna planta con virtud suficiente para salvarle. ¿No bastaria toda mi sangre para reanimar la suya? Otro esfuerzo, mi buen Marliano, mis fieles amigos. No; no guardeis silencio cuando por su vida os imploro.

MARLIANO. Ya hicimos por él cuanto estaba en nuestra mano.

REINA. ¿Y he de perderle? ¡Dios mio, qué enfermedad tan horrorosa! Ha breves dias lleno de salud y de fuerza... Hoy ¿quién le reconoce? Mañana... mañana será tal vez un cadáver,.. Parece imposible. Nunca imaginé que él se pudiera morir primero que yo.

ALMIRAN. Conformidad, señora.

REINA. Bien procuro irme conformando poco á poco; pero ¡ay! ¡no puedo conformarme, no puedo!

ALMIRAN. Dominad vuestra afliccion como cumple á una Reina.

REINA. Por su vida cuanto poseo; mi cetro por su vida. ¿Verdad, señores, que todos me ayudariais á sentar en el trono al que lograse evitar su muerte? Dicho está: el que codicie una corona que le salve, que me le devuelva. ¿No sois médicos? ¿No es obligacion vuestra curarle? Pues ¡ay de vosotros si le pierdo! Tenedlo entendido. Don Juan Manuel, señor marqués de Villena, creo que sin razon os ofendí el otro dia. No me guardeis rencor, sed generosos con esta pobre muger que tanto padece. ¿No se os ocurre medio ninguno que tentar? ¿No conoceis á alguno que sepa curar este linage de dolencias? ¿A uno de esos nigromantes que hacen milagros? Sí, creo en los milagros del hombre; en todo creo. Buscad á alguno de esos y traedle para que vea á Felipe.

D. J. MAN. Al Altísimo pedid socorro.

REINA. Dios no ha querido oirme. Ni en la tierra encontré piedad ni tampoco en el cielo. Almirante, escribid á mi padre hoy mismo; decidle que venga; que Castilla se va á quedar sin Reyes, y mis pobres hijos sin padre y sin madre.

D. ALVAR. Le escribiremos, señora, vendrá. (*Adelántandose.*)

REINA. ¡Don Alvar! No habia reparado en vos; el Rey quiere veros.

D. ALVAR. Yo aspiro á la gloria de besar sus plantas.

REINA. Se muere, don Alvar, se muere. (*Con pena muy reconcentrada.*)

MARQUÉS. Valor, señora.

ALMIRAN. Considerad que aún os restan sagrados deberes que cumplir.

MARLIANO. A pesar vuestro os salvaremos si es preciso.

REINA. ¿A mí podeis salvarme y á él no? Vamos, vamos no me irriteis: no hay paciencia para oir esto.

HERNAN. Ahí está. (*Saliendo por la puerta de la izquierda, y acercándose á la Reina.*)

REINA. Que aguarde un momento. (*A Hernan el cual se retira.*) Ya no os pido (*A los médicos.*) sino que viva tres dias mas; dos, uno tan solo. Que viva hasta mañana. En tanto vosotros, señores, haced que ni un momento se interrumpan las ceremonias religiosas en la ca-

pilla de palacio. Elevad á las alturas fervorosas preces por vuestro Rey. (*Vánse todos por el foro escepto la Reina.*)

ESCENA IV.

La REINA, á poco ALDARA; despues el REY y dos médicos.

REINA. Aldara, Aldara. (*Acercándose á la puerta de la izquierda.*)

ALDARA. Señora.

REINA. Con razon supuse que accederias al fin á mis ruegos.

ALDARA. Nunca debí volver á pisar este sitio.

REINA. Aldara, voy á quedarme viuda.

ALDARA. Dia y noche postrada ante las imágenes del monasterio, he rogado por V. A. Con razon os acongojais; llorad á vuestro esposo.

REINA. Tu me consolarás mejor que esos hombres que estaban aquí. ¿Sabes lo que me dicen? Que tenga valor. Cuando á ellos se les esté muriendo el hermano, la esposa ó el hijo, iré yo tambien á decirles que tengan valor.

ALDARA. No me obligueis á permaneced en palacio; recordad mis maldades; mi aliento os mancha; mi presencia aquí es un sacrilegio que aumenta la justa cólera del Todopoderoso.

REINA. ¿Tus maldades? ¡Oh! ¿por qué no le has amado? Ahora seriamos dos á llorarle. Oye: es necesario que te quedes. Los médicos aseguran que ya no hay remedio para él; puede ser que haya alguno todavia. Te he llamado para que el Rey te vea, para que tú le digas que le amas.

ALDARA. ¡Oh mi adorada señora! Considerad que asi avivaria sus remordimientos.

REINA. El desdichado se esfuerza por remediar con ternura aparente el mal que antes me causó con su desvio; pero bien sé yo que á tí sola te quiere. Ven: que te vea, que te oiga; una mirada de tus ojos, una palabra de tus labios acaso le restituyan la salud. Ven: ¿qué tardas? Si yo estuviese en la tumba y él me lla-

mase creo que le responderia. Ven: te lo suplico; el amor puede resucitar á los muertos.

ALDARA. ¿Por qué dudais de que la contricion de don Felipe sea verdadera?

REINA. No dudo que se habrá arrepentido de haberte amado; pero tambien yo me arrepentí de haberle amado á él muchas veces, y ya ves. Sígueme.

ALDARA. Si á el me acerco, señora, será para convencerle mas y mas de que nunca le amé.

REINA. ¡Oh! no, desdichada; que entonces se moriria mas pronto.

ALDARA. Permitidme que me retire.

REINA. ¡Oh! ¿No sabes?... Alvar está aquí. (*En este momento sale el Rey sostenido por dos médicos, y se dirige lentamente hácia donde está doña Juana.*)

ALDARA. (¡Alvar!) Por lo mismo debo alejarme.

REINA. Bien; abandóname. Si él se muere, yo...

REY. Tú vivirás aunque yo me muera. (*Ya cerca de ella, é interrumpiéndola.*)

REINA. ALDARA. ¡Oh! (*Separándose.*)

REINA. ¿Eres tú? Sí, si: camino llevas de morirte, y ya andas de aquí para allá como si tal cosa. (*Cambiando en apacible la expresion de su rostro, y dando á sus palabras un tono casi jovial.*)

REY. Señora, os ruego que me dejeis solo con doña Juana.

ALDARA. Obedezco, señor.

REY. Que nadie venga á interrumpirnos. (*A los médicos, que se retiran despues de haberle ayudado á sentarse.*)

REINA. No te vayas. (*Aparte á Aldara.*)

ALDARA. Me quedaré. (*Bajo á la Reina. Váse.*)

ESCENA ULTIMA.

La REINA y el REY; despues el ALMIRANTE, MARLIANO, don ALVAR y ALDARA; luego don JUAN MANUEL, el marqués de VILLENA, VERE, prelados, grandes y médicos,

REY. Sí; tu vivirás, porque Dios te ordena vivir para un

pueblo que en tí sola cifra todas sus esperanzas, y para nuestros hijos, que de hoy mas necesitarán doblemente de tu ternura. Y cuando Carlos vaya á subir al trono, dile que al borde de la tumba solo por el remordimiento es el Rey culpable, más grande que los demas hombres; dile que si dirige á un lado sus ojos, como fantasma implacable el mal que hizo se le aparece; que si los dirige á otro lado, el bien que estaba en su mano haber hecho, en igual forma le acosa y le aterra; que si los vuelve al cielo ve interpuesto entre su culpa y la misericordia divina el mar de llanto vertido por su pueblo. Dile todo el daño que por mi padeció Castilla; pero no le digas el daño que á tí te causé: que deteste al monarca, pero que no aborrezca á su padre.

REINA. ¿Y á qué viene todo eso hoy que empiezas á restablecerte?

REY. Dios me otorga vigor en este momento, para que pueda confesarme delincuente y pedirte perdon.

REINA. Cuando te digo que estás fueras de todo riesgo: Marliano me lo aseguraba hace poco. Natural es que yo con esceso me alarme.

REY. No agraves tu amargura reprimiéndola en mi presencia. Llora, Juana mia, llora.

REINA. ¿Por que veo que estás mejor?

REY. ¡Y yo te ofendí; yo ultragé á la santa que el cielo piadoso me habia dado por compañera!

REINA. El que á mí no me quieras y ames á otra, no es un delito ciertamente. ¿Manda uno acaso en su corazon?

REY. No me disculpes.

REINA. Culpable yo, que con mis celos me empeñé en atormentarte; funesto amor el mio que conspiraba contra tu dicha, porque, muchas veces ya te lo he repetido, Aldara te ama y si te dijo lo contrario, fue porque yo con amenazas la obligué á que mintiese. Pero no lo dudes, te ama, te ama.

REY. Calla y no aumentes las crueles angustias que me devoran. (*Levantándose.*) Quiere el cielo para mi castigo, que cuando va á cesar de latir, empiece mi corazon á idolatrarte. Ven á mis brazos santa mártir

que yo inmolé; permite que ponga mis lábios sobre tu purísima frente. Mas ¿qué digo? Vete, déjame solo; no merezco la gloria de espirar en tus brazos. Vete, y no llores por mí. Vete y... ¡Oh! (*Dejándose caer en el sitial y como si empezasen á faltarle las fuerzas.*)

REINA. ¡Felipe!

REY. Llegó la hora de mi muerte.

REINA. Te engañas sin duda.

REY. Juana, perdóname. (*Dejándose caer del sitial á los pies de la Reina.*)

REINA. ¿Qué haces? ¿qué profieres?

REY. Pon tus manos sobre mi cabeza, y perdóname ya que tan grande es tu piedad.

REINA. ¿Yo perdonarte?

REY. Pronto; no te detengas.

REINA. Pues bien, sí, te perdono, te perdono, Felipe de mi alma. (*Poniendo sus manos sobre la cabeza del Rey.*)

REY. Tu perdon quizá me redima. (*Volviendo á sentarse, ayudado por la Reina.*)

REINA. ¡Oh! (*Alejándose, como con la intencion de pedir socorro.*)

REY. No; no te vayas.

REINA. Animo, Felipe, valor; lucha aún con la muerte, lucha.

REY. ¡Imposible!

REINA. Vive para tu padre, que tanto te quiere.

REY. ¡Padre mio!

REINA. Para tus hijos; para tu Cárlos, para tu Isabel, para tu Maria; y no ignoras que el cielo iba á concederte otra gran ventura: Felipe, si tienes corazon de padre, vive para ver, para abrazar al hijo que llevo en mis entrañas.

REY. La vida, Señor, la vida, para hacerla tan venturosa, como hasta aquí la hice desdichada. ¡Oh, si yo pudiese vivir, cuánto te amaria!

REINA. ¡Dios eterno! Solo tú sabes lo que yo por él he sufrido, ¿y ahora que me ama, vas á matarle? No, mentira, imposible. No puedes, no debes permitirlo. Fuera una injusticia horrorosa, y tú eres justo, Señor, tú eres justo.

REY. ¡Mi Juana!

MARLIANO. Llegad, llegad; bien me lo temia. (*Apareciendo en la puerta del foro. Salen en seguida tambien por ella Aldara, don Alvar y el Almirante.*)

REINA. ¡Marliano, Marliano de mi corazon! (*Yendo hácia él.*)

D. ALVAR. ¡Señor!

REY. Don Alvar, vuestra mano; seamos amigos: velad todos por ella. (*Don Alvar arrodillándose, besa la mano que el Rey le tiende.*)

REINA. Pero ¿qué es eso? ¿Es que ya se va á morir? (*Llevándose aparte á Marliano.*)

MARLIANO. Sacadla dé aquí á toda costa. (*A don Alvar y Aldara.*) Avisad vos, Almirante. (*Al Almirante que se va por el foro.*)

D. ALVAR. Venid, señora.

ALDARA. Fuerza es que nos sigais.

REINA. Dejadme, inícuos, dejadme. (*Desasiéndose de los brazos de don Alvar y Aldara, y corriendo al lado del Rey. Cógele una mano que, dando un grito, suelta en seguida.*) ¡Oh, qué frialdad! La frialdad de la muerte. Allí la veo, que viene á llevársele. No, no pasará. (*Poniéndose delante del Rey, como si tratase de cerrar á alguien el paso, y dando señales de verdadera demencia.*)

REY. ¡Juana!

REINA. ¡Pasa, pasa á través de mi cuerpo; se apodera del tuyo!

REY. ¡Juana, Juana mia! ¡Qué horrible castigo! ¡Dios eterno, piedad... perdon!... (*Espira.*)

REINA. ¡Felipe, Felipe! (*Arrojándose sobre su cuerpo.*)

MARLIANO. El Rey ha muerto. (*Al Almirante, y los que con él salen por la puerta del foro.*)

REINA. ¡Muerto! (*Incorporándose.*) Su cadáver es mio. Siempre le conservaré á mi lado: le acariciaré con los besos de mi boca; le regaré con las lágrimas de mis ojos. Él muerto y yo viva aún, seguiremos unidos. Sí, muerte implacable, burlaré tu intento. Poco es tu poder para arrancarle de mis brazos. ¡Silencio, señores: silencio!... El Rey se ha dormido. ¡Silencio!.. No le desperteis.

ALDARA. ¡Oh celestial misericordia!

REINA. Duerme, amor mio; duerme... duerme...

FIN DEL ACTO QUINTO.

ERRATAS ESENCIALES.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
8	30	Don Alvar Estúñiga	Don Alvar de Estúñiga
20	5	Un page, luego despues don Alvar	Un page luego, despues don Alvar
24	24	Saldremos por esa puerta.	Saldremos por esa puerta: iremos á pié.
31	17	Amparó el primero	Amparó al primero
39	30	Entran por la puerta	Entra por la puerta
48	30	Me autoriza la desgracia	Me autoríza mi desgracia
56	39	Que me ama en secreto	Que me amaba en secreto

Prueba

Con arreglo á lo dispuesto en el convenio sobre propiedad literaria entre España y Francia, el autor de esta obra se reserva el derecho de traduccion.

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PROLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 47—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 139 á 141)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

MADRID